

LOS HIJOS DE MARÍA.



HÉRDER & CÍA, FRIBURGO DE BRISGOVIA

DESDE LEJANAS TIERRAS

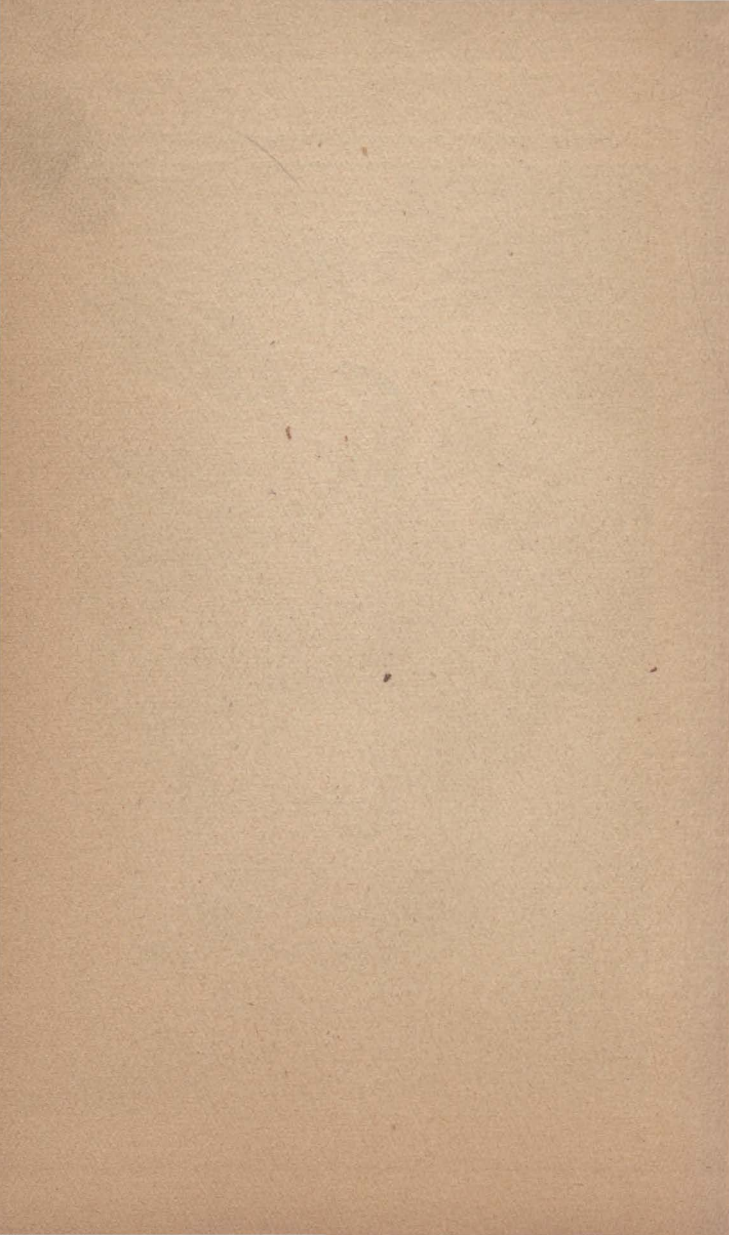
GALERÍA DE NARRACIONES ILUSTRADAS
DEDICADAS A LA JUVENTUD

COLECCIONADAS POR
UN PADRE DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

y recomendadas por el Eñño. Sr. Cardenal-Arzbispo de Valencia y los
Rñños. Sres. Arzobispos y Obispos de Arequipa, Bogotá, Buenos Aires,
Caracas, Chiapas, Huánuco, León (España), Lima, Medellín, México,
Nicaragua, Nueva Pamplona, Portoviejo y Santiago de Chile

TOMO III
LOS HIJOS DE MARÍA

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA)
HERDER & Cía
LIBREROS-EDITORES PONTIFICIOS





«Extranjero, esos hombres quieren matarte, ¡huye!» (Pág. 39.)

6893

2/150
LOS
HIJOS DE MARÍA

CUENTO DEL CÁUCASO

TRADUCIDO DEL ALEMÁN

DE

JOSÉ SPILLMANN S.J.

SEXTA EDICIÓN

CON SEIS GRABADOS

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA)

HERDER & Cía

LIBREROS-EDITORES PONTIFICIOS

108 x 164
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que manda la ley.

ÍNDICE.

	Pág.
1. La despedida (con grabado)	1
2. En el campamento de los rusos	11
3. El joven polaco	16
4. La superstición de los abchases (con grabado)	24
5. La festividad de los sacrificios (con grabado).	30
6. Una conversación en las ruinas de Drandí (con grabado)	40
7. La primera lección	47
8. El anciano del Elbro	56
9. Varios proyectos	64
10. Pruebas	72
11. Los rusos se aproximan	79
12. La solución (con 2 grabados)	86

1. La despedida.

ENTRE el Mar Negro y el Mar Caspio se levanta á muy considerable altura la gigantesca cordillera del Cáucaso, formando un límite natural entre Europa y Asia. Las más altas de sus nevadas cumbres son el Elbro y el Casbec, que con razón llevan dichos nombres, pues Elbro significa *el brillante* y Casbec *montaña blanca*. Cuantos viajeros han visitado aquellas montañas, las comparan con los parajes más ásperos y grandiosos de los Alpes de Suiza y del Tirol. Los naturales del Cáucaso se distinguen por su ánimo esforzado y un grande amor á la libertad, herencia común de todos los hijos de las montañas. Las diferentes tribus caucásicas lucharon casi durante un siglo por su independencia contra la supremacía de los rusos. Medio millón de rublos costó al zar la imposición de su yugo á estas tribus; y no las venció sino que las aplastó con sus ejércitos.

Vamos á referir á nuestros jóvenes amigos un episodio de los últimos momentos de estas luchas, mezclando en él la verdad con la fantasía.

Detrás de los acantilados de la costa del Mar Negro, donde se rompen las olas bravías, empieza á subir la

montaña, formando casi en todas partes precipicios inaccesibles; esa línea de alturas constituye la primera cordillera. Selvas impenetrables de higueras silvestres, castaños antiquísimos, plátanos de ancha copa y otros árboles, mezclados con acacias espinosas, pitas y helechos arborescentes, constituyen la espesura á través de la cual conducen muy contados senderos.

Sigue luego el primer valle de la cordillera, y de nuevo ascienden los montes, tomando aspecto cada vez más salvaje, para formar crestas y collados siempre más altos. En estos puntos ya no vegetan los árboles no resinosos; en vez de ellos hay abetos seculares, gigantescos. Los torrentes se precipitan echando espuma por entre las rocas, y no obstante su lecho constituye casi el único sendero que conduce hasta los altos pastos de los abchases. Se encuentran en el Cáucaso profundas hondonadas rodeadas de selvas y peñas, así como vertientes regadas por claros manantiales y cubiertas de verdor. En tan sabrosos pastos apacientan sus rebaños los abchases. Estas tribus construyen sus viviendas arrimadas á los acantilados, que las defienden contra los glaciales vientos procedentes de los ventisqueros del Elbro, y al abrigo de los que al oeste barren el Mar Negro. Cada familia posee su cortijo propio, llamado *yuné*. Éste forma una gran plazoleta cerrada por una cerca bien hecha, cubierta de espinas en la parte superior. En el centro de esa plazoleta queda un espacio libre. Á lo largo de una parte de la cerca están alineadas cabañas, mientras

el resto que queda del espacio cerrado sirve de coto para el ganado vacuno y de establo al lanar y cabrío. En el centro de las cabañas hállase la *yuné chuha* ó *casa grande*, habitada por el padre ó el jefe de la familia, con su esposa y sus hijos menores de doce años. Los hijos é hijas mayores de esta edad viven, como los esclavos, en las cabañas separadas, con sus familias. Así ocurre el caso de que una *yuné* cuente más de cien habitantes, y que con su gran número de viviendas, establos y graneros tenga el aspecto de un pequeño pueblo.

El cortijo del *tfokol* (libre) Usban-ok, de la tribu Koble, en el cual ocurre parte de nuestra historia, era una *yuné* de aquella especie, con más de cien habitantes. Hallábase situada en un valle semejante á los descritos. Las cabañas se apoyaban á lo largo de un escarpado alto, revestido de hiedra, y delante de la valla se extendía ancha y verde pradera, cruzada por murmurador arroyo, cuyas aguas surgían de entre las rocas corriendo por un lecho de piedras de mil colores.

En una de las primeras tardes de la primavera del año 1860, un muchacho, que acababa de conducir, cantando alegremente, su rebaño al abrevadero de este arroyo, enmudeció repentinamente al distinguir tres jinetes que se acercaban corriendo por la senda del prado. El joven miraba con sus ojos azules llenos de extrañeza los hermosos trajes y las armas centelleantes y ricamente adornadas de los guerreros. «Éstos

no son *tfokol* como los demás», se dijo; «por lo menos son *work* (caballeros) ó tal vez *pcht* (príncipes). ¡Ah! ¡cómo brillan el oro y las pedrerías en los sables! ¡Ni aun las armas de mi padre son tan bellas!»

«¡Hola, muchacho! ¿Está el *tfokol* Usban-ok en su cortijo?» preguntó el primero de los caballeros, que se había acercado á hablarle.

«Mi padre», contestó el niño, cruzando las manos sobre el pecho y haciendo una reverencia, «está en la *yuné*, ¡oh príncipe! ¿Quieres molestarte en llegar hasta allí ó deseas que vaya á llamarle?»

«¡Qué muchacho tan atento eres! ¿Cómo te llamas y en qué conoces que soy príncipe?» inquirió el caballero mientras se pasaba la mano por su hermosa barba negra.

«Maryub es el nombre de tu pequeño servidor, y conoce que eres príncipe en el atavío de tus armas.»

«Eres un muchacho discreto, Maryub, y si algún día sabes luchar con denuedo contra los rusos, llevarás también armas tan preciosas como éstas. Vé y llama á tu padre.»

Maryub se inclinó ante el forastero y dijo: «¡Oh príncipe! ¡cuánto deploro no ser tan grande como mi hermano Malek para poder luchar contra los malvados rusos!» Y luego añadió: «Voy corriendo á la *yuné*; pero ten la bondad de decir á tus acompañantes que cuiden mientras tanto de mis vacas; pues aquélla de color leonado tiene malas intenciones, y más de una vez se me ha escapado hacia el bosque.»

Los caballeros rieron del inocente encargo, pero el príncipe tranquilizó al muchacho, asegurándole que él mismo cuidaría de no perder de vista la vaca designada; y Maryub corrió en dirección del cortijo. Pocos minutos después se hallaba el anciano Usban-ok delante del príncipe.

«Perdóname, Usban-ok», dijo éste, «que no penetre como huésped en tu casa; mas el tiempo apremia. Hemos de pasar aun hoy el cerro de la montaña y llegar á la tribu de los mokoch; pues se han tenido noticias de que los rusos marchan con gran tren de cañones y material de guerra desde Tiflis hacia el paso de Casbec. Yo creo que deberemos sorprenderles en el fondo del bosque entre los dos desfiladeros; pero hemos de correr á rienda suelta para poder llegar allí á tiempo. ¿Sin duda vendrás tú también, valiente Usban-ok? ¿Cuántos hombres cuenta tu yuné?»

«Treinta y cinco guerreros bien montados y bien armados», contestó Usban-ok con orgullo. «No quedará nadie más que el armero Mahmud, que todavía tiene que componer las armas conquistadas á los rusos, pero nos falta pólvora.»

«Justamente hemos de ir á tomar la pólvora en los pertrechos de los rusos», dijo el príncipe. «Ensillemos, pues, en seguida. El lugar de la cita es el abeto grande que se encuentra junto al torrente de Iba.»

Dichas estas palabras, se alejaron los jinetes á galope.

Usban-ok sacó una pistola del cinto, la disparó al aire y lanzó al mismo tiempo un grito extraño y pro-

longado — era la señal convenida para convocar á los abchases. No había pasado aún media hora, cuando ya se hallaban en derredor de su jefe todos los habitantes de la yuné, acudiendo unos desde las cabañas, otros de los montes vecinos. Usban-ok, armado con su sable corvo, cuya empuñadura, así como también la vaina, estaban adornadas ricamente, se hallaba de pie al lado del fogoso y bien enjaezado corcel de batalla; llevaba además, en el cinto, un par de pistolas y un finísimo puñal. La carabina de largo cañón y elegante culata colgaba de su hombro, mientras de la silla del caballo pendía una soberbia hacha de combate. La doble fila de cartucheras de marfil, que llevaba sobre el pecho, estaba bien provista. Cuando tuvo reunidos en torno suyo á todos sus hijos y siervos, desenvainó su centelleante sable, lanzó alrededor una mirada de fuego y les habló del modo siguiente:

«¡Hijos míos y gentes de mi yuné! Otra vez resuena en nuestras montañas el grito de combate. Se dirige contra nuestro antiguo enemigo, el oso de Rusia, que de nuevo se siente tentado á hincar su diente en los bien cebados rebaños y en los ricos panales de miel de nuestras montañas. Ya otras muchas veces, nuestros enjambres de abejas han cubierto su cuerpo de picaduras, hasta que gimiendo de dolor y coraje ha tenido que retroceder. También ahora le recibiremos con nuestros aguijones y le haremos pagar caro el daño que ha causado al noble jefe Chamil y á los suyos. ¡Antes morir que doblegar nuestra cer-

viz al yugo del ruso! ¿Acaso tiene algún derecho sobre nuestras montañas? ¿No han pertenecido siempre, desde su creación, á nuestros antepasados, á nuestros padres y á nosotros? Puesto que no le molestamos en sus dominios, justo es que él nos deje á su vez tranquilos en nuestra querida patria. Sin embargo, desde hace tres generaciones viene hostilizándonos; ha asesinado á nuestros padres y á nuestros hijos y ha secuestrado nuestras mujeres y nuestros niños, para arrebatarnos hasta el último terreno que nos queda. Pero tomaremos venganza por tanta sangre derramada, por tantas lágrimas vertidas, y demostraremos á aquellos descarados bandidos á qué tribu pertenecemos. ¡Cómo nos defendimos contra los turcos cuando nos querían imponer su yugo y sus creencias! Su fe es repugnante, pero más aún lo es la de los rusos. ¿Y cómo, si no, harían la guerra de modo tan sañudo? Nosotros, empero, nos acogemos á la antigua fe de nuestros padres, en Tha (Dios), el Grande, y en Jesha (Jesús), Hijo del gran Tha, y en la santa Cruz que ha llevado, y en la divina Mara, la Madre de Dios, y en las iglesias de las montañas que los musulmanes destruyeron — ¡que Dios les castigue por ello! — y en las fiestas y ayunos; ésta es nuestra fe, y no la cambiaremos por ninguna otra, ni por la del turco ni por la del cristiano. ¡Y por nuestra libertad y nuestra patria venceremos ó moriremos!»

«¡Victoria ó muerte!» repitieron entusiasmados los guerreros, y las centelleantes hojas de los sables brillaron en el último rayo del sol poniente.

«Adiós, pues, hijos míos, mujeres y muchachas, os confío al cuidado del viejo Murkos, que gobernará y dispondrá, según mejor le parezca, hasta que yo regrese.... ¡No llores, pequeña Mara! Tu madre no lloró jamás cuando yo salía para la guerra santa; tampoco el valeroso Maryub llora.»

«No padre, lo que yo quisiera es ir contigo, siquiera fuese para cargar la carabina.»

«Otra vez, hijo mío, cuando seas mayor.»

Diciendo estas palabras estrechó el padre al muchacho contra su corazón, apartó cariñosamente los ondulados rizos que cubrían el rostro de la pequeña Mara y montó de un salto en su corcel, como si hubiera sido un joven, á pesar de la encanecida barba que cubría su pecho. «¡Adiós!» dijo al anciano otra vez; y á galope, entre chasquidos de látigos y confusa gritería, alejóse la banda.

«¡Adiós!» contestaron á su vez los que se quedaban, y nadie volvió á hablar una palabra hasta que el último de los jinetes desapareció en las obscuridades de la selva.

La pequeña Mara dijo entonces á su hermano: «Maryub, desde la punta de la roca podemos verles todavía otra vez.» Los niños fueron, cogidos de las manos, hacia el escarpado cuya sombra caía sobre la yuné y treparon por los riscos. Desde la cúspide se divisaba preciosísimo panorama al este y al oeste. Por encima de algunas montañas cubiertas de bosque se veía parte del Mar Negro, entre cuyas olas enrojecidas



«¡Hélos allí!» exclamaron, saludándoles con sus manecitas.

por el reflejo del crepúsculo vespertino acababa de ocultarse el disco del sol. En cambio, al este brillaban por encima de las tenebrosas selvas de abetos, como si hubieran sido de oro, los helados picos del Elbro y de las montañas inmediatas. Los dos niños permanecieron un rato silenciosos, mirando atentamente hacia el cerro por donde pasaba el sendero que conducía al vecino valle. «¡Hélos allí!» exclamaron de pronto repentinamente, saludándoles con sus manecitas. «El padre nos mira y Malek saluda. ¡Adiós, adiós!»

Cuando las blancas vestiduras de los jinetes hubieron desaparecido detrás de la loma, se sentaron los niños sobre un peñasco y miraron aun mucho rato al fondo. Por último, la pequeña Mara, que contaba entonces diez años, rompió el silencio y dijo á su hermano:

«Maryub, si los malvados rusos matasen á nuestro padre, seríamos unos pobres huérfanos, pues la madre también se nos murió.»

«No le matarán, Mara, sino que el padre los matará á ellos. Su fusil es de gran alcance, tiene puntería certera, y su hacha de combate les partirá el cráneo. Mucho le ayudará nuestro hermano Malek.»

«¡Oh Maryub! también nuestro primo Gori era fuerte y valiente, y no obstante sucumbió en la última guerra. Pero ¿recuerdas lo que nuestra madre nos contaba de la divina Mara? La Madre de Dios, ciertamente, vive en el cielo, al cual ascendió sobre una nube roja y

hermosa como aquellas que corren allá, encima del mar; sin embargo, aun ahora baja alguna vez á la tierra y anda entre los hombres sin ser vista. Y si halla niños buenos que la aman y honran, los bendice y los guarda de la desgracia. ¡Oh Maryub! ¿oyes el susurro suave en los bosques que ahora mismo estaban tan silenciosos? ¿Quién sabe? tal vez pasa la gran Mara por delante de nosotros, sin que podamos verla. ¡Ven y rezaremos!»

Los niños se arrodillaron levantando sus manos hacia el cielo enrojecido por los últimos rayos del sol poniente, y se pusieron á orar: «¡Oh Mara», exclamó la pequeñuela, «grandiosa Tha-Nan (Madre de Dios)! Si pasas por delante de nosotros, ó si sentada en tu trono de nubes oyes nuestra plegaria, protege á nuestro padre, al hermano y á toda nuestra gente.»

«¡Concédeles victoria y renombre, y sé para ellos escudo en la batalla!» añadió el muchacho.

«¡Protégenos también á nosotros!» terminó la niña, «y puesto que ya no tenemos madre, sé tú nuestra madre y acéptanos por hijos tuyos.»

Así oraron Mara y Maryub, y la Madre de Dios, de la cual ciertamente sólo únicamente tenían imperfecta idea, oyó sus infantiles ruegos.

2. En el campamento de los rusos.

EN la primavera del año 1860, se aprestaban los rusos para el combate decisivo. El príncipe Baryatinsky, al frente de 270.000 hombres, había subyugado ya á las tribus del Cáucaso oriental. Corría el mes de septiembre de 1859, cuando el jefe Chamil, que con un puñado de sus adictos había defendido su patria por espacio de treinta años, se refugió en un collado de Ghunib, donde fué cercado por los rusos y al fin capturado; después de lo cual pudieron los invasores caer con toda su superioridad de fuerzas sobre las tribus del Cáucaso occidental. Los rusos tenían sitiada la montaña como si hubiera sido una fortaleza, y para intentar con buen éxito el asalto, concentraron refuerzos por todas partes. Las tropas que debían verter allí su sangre eran especialmente polacas.

Apenas se había derretido la nieve en las montañas, cuando se vieron poblados de uniformes multicolores los senderos que á aquéllas conducían. Formando prolongadas y obscuras columnas, se dirigían las fuerzas de á pie serpenteando por los verdes valles y por los cerros de las primeras estribaciones

de la cordillera, llevando cañones y toda clase de pertrechos. Los cosacos del río Don, con sus largas lanzas, galopaban montados en pequeños caballos de las estepas yendo y volviendo entre las columnas.

En la carretera que desde Tiflis conduce al desfiladero de Casbec, había acampado un joven oficial ruso con sus gentes, á la caída de la tarde, después de penosa jornada. Eran tropas georgianas ó grusónicas, y una compañía de penados de Polonia. Acababan de poner los hombres sus calderos, suspendidos de unos barrotes, sobre el fuego, cuando llegó á galope tendido un cosaco del Don, entregando un despacho al oficial. Éste lo leyó, lanzando después una mirada de descontento sobre el ancho torrente que corría á su derecha, crecido por las aguas procedentes de la nieve derretida de las montañas, y sobre las vertientes escarpaduras, pobladas de bosque, que á la izquierda bordeaban la carretera. Llamó luego á un sargento, soldado curtido por el sol y las intemperies, que se cuadró ante él con saludo militar, y le dijo:

«Iván Ivanovitch, el coronel opina que hay abchases aquí en el bosque delante de nosotros.»

«Es muy posible, mi oficial», repuso el veterano de encanecida barba. «Y no solamente delante de nosotros; tal vez también á derecha é izquierda y á la espalda. Cuando el año pasado recorría yo el río Terek subiéndolo, llegamos en cierta ocasión á una hondonada que se parecía á ésta en que nos halla-

mos como un huevo á otro, y allí, estos condenados herejes...»

«Os molieron á palos; tengo noticia de ello», dijo el oficial interrumpiendo á su locuaz interlocutor. «Y á fin de que esto no se repita, hay orden de acampar en sitio abrigado y de doblar las centinelas.»

«No estarán de más estas precauciones. Pero perdone mi oficial la indiscreción: ¿dónde podremos hallar en esta ratonera entre montañas un sitio abrigado? Y por lo que respecta á doblar la guardia», añadió el sargento bajando la voz, «nuestras tropas constan por mitad de polacos, que son tan poco adictos y fieles á nuestro muy bondadoso zar — Dios le guarde de todo enemigo — como los herejes, hijos del diablo, de estas montañas.»

El oficial calló un momento perplejo y continuó luego: «Supongo que no creerás que ante el enemigo harían traición á las banderas.»

«¡Oh! á montones les vi allá abajo, junto al Cubán, pasarse á los abchases, y aun ahora los hay á centenares que pelean entre las filas de estos demonios montañeses. De esto claro es que no se ha dicho nada en San Petersburgo, y cuantas veces tuvimos que tomar las de Villadiego, anunciaban nuestros periódicos grandiosas victorias alcanzadas.»

«Y ¿cuál es tu opinión?»

«Mi opinión es que estamos perdidos tan sólo con que detrás de estos árboles haya doscientos abchases escondidos. Nos cerrarán la salida por el desfiladero

que pasamos hace media hora. Á una legua de aquí vuelve de nuevo el camino á pasar estrechándose entre el río y los escarpados; también este punto lo tendrán ocupado, y así nos veremos cogidos en la trampa; apostados los abchases detrás de estos árboles y peñascos, podrán tirar sobre nosotros tan certera y alegremente, como si disparasen al blanco en una fiesta de pueblo, y crea mi oficial que en dicho ejercicio son bastante diestros, tan cierto como me llamo Iván Ivanowitch.»

El oficial palideció un tanto; acababa de salir de la escuela de cadetes y no había asistido todavía á ningún combate; pásóle, pues, por la mente que en vez de la esperada carrera gloriosa le aguardaba quizá una bala al primer encuentro con el enemigo. Mas, reponiéndose, dijo al viejo Iván: «¡Cuán pesimista eres! ¿Y qué te parece que deberíamos hacer para escapar al cumplimiento de tus profecías?»

«Retroceder, señor, salir de la ratonera en que nos hallamos metidos, mientras nos queda tiempo para ello. En la parte de allá del desfiladero se levanta una colina aislada, que nos proporcionaría un sitio bastante seguro para acampar durante la noche; allí...»

«No sabes lo que dices», exclamó interrumpiéndole el oficial malhumorado. «¿Retroceder antes de haber visto ni un solo enemigo y volver á ceder el desfiladero que ya hemos pasado felizmente? Esto no se me ocurre ni por asomo. Mejor me parece adelantar

para pasar también el segundo desfiladero antes de que cierre la noche.»

«Pero, el sol se ha puesto ya, y perderemos el contacto con las tropas que nos siguen», se atrevió á insinuar el viejo Iván.

«El contacto ya lo establecerán nuestros cosacos del Don, y por tanto, ¡en marcha!»

3. El joven polaco.

EL viejo Iván Ivanovitch no se atrevió á hacer al oficial más objeciones, y por tanto se dió en seguida la orden de marcha. Los pobres soldados, que se habían sentado á descansar en derredor de las hogueras, se levantaron de mala gana, vertieron el agua de los calderos, que empezaba á hervir sobre las alegres llamas de las ramas secas, reunieron sus enseres de cocina y se colocaron en formación. El oficial, á quien no se ocultó el descontento que se dibujaba en el rostro de sus hombres y especialmente de los polacos, dió justamente á esta sección orden de ponerse al frente de la columna. «¿Qué significa esta resistencia y este desagrado?» increpó el oficial á los soldados con poco tino. «En castigo de las ideas facciosas que germinan en vuestros cerebros, os han destacado aquí. ¿Queréis acaso que os internen algunas horas más allá, en Siberia, el paraíso de los polacos? Perecinski, ¿á qué tanto fruncir el entrecejo? Mañana al toque de diana te haré administrar veinticinco latigazos. Ivanovitch, recuérdalo. Y ahora, ¡en marcha!»

En filas compactas y con paso ligero empezó la tropa á subir la hondonada. Á la vanguardia iba un

destacamento de cosacos para ver si el desfiladero estaba libre. Ya se hallaba el sol debajo del horizonte, y en el estrecho valle aumentaba rápidamente la obscuridad. Poco después, cuando aún estaba la tropa lejos del desfiladero, cerró completamente la noche; en derredor no se oía más ruido que el bramar del torrente al precipitar sus aguas por entre las rocas, formando remolinos y echando espuma. Un cosaco de la avanzada regresó y anunció que el desfiladero se hallaba libre. «Ya me lo figuraba», dijo el oficial, «ha sido una alarma infundada», y dió la voz de alto. Los soldados acamparon en el mismo camino, y pronto volvieron á chisporrotear los fuegos, que alumbraron con su luz rojiza, á la derecha los fantásticos peñascos del otro lado del torrente, y el bosque á la izquierda. Un fuerte destacamento de polacos, á los cuales se habían agregado algunos grusones ó georgianos, debía guardar, al mando del viejo Ivanovitch, la entrada del desfiladero.

«¡Vigilad esta noche con cuidado, muchachos!» dijo éste á los grusones. «No estamos muy seguros entre estas montañas; y si alguno de los polacos muestra intenciones de hacernos traición, le hundís la bayoneta entre las costillas.»

«Puedes estar sin cuidado, mi sargento», repuso un georgiano de anchas espaldas. «Si alguno de estos perros polacos, que adoran al romano Pontífice, en vez de obedecer á nuestro santo zar, levántase un solo dedo contra nosotros, puede contarse entre los difuntos.»

Se pusieron las centinelas. El joven polaco á quien el oficial había amenazado con hacerle dar de latigazos, ocupó su puesto junto á la orilla del bosque, entre un paisano suyo y el grusón que acababa de anunciar sus intenciones de vengar sangrientamente toda traición que pudiera iniciarse. Ivanovitch se sentó junto al fuego á una distancia de cien pasos, bien dispuesto á no perder de vista á los polacos, de los cuales desconfiaba. Pasado el primer cuarto de hora sin haber ocurrido ningún incidente notable, se sentó el grusón y apoyó su ancho dorso contra el tronco de un árbol; sus fuertes ronquidos anunciaron pronto que estaba profundamente dormido.

«¡Magnífica centinela!» dijo el joven Perecinski á su compañero en voz baja. «Por lo demás, me alegro de que se haya dormido, pues tengo que hablar contigo.»

«¡Silencio!» dijo el interpelado. «¿Acaso estás seguro de que no finge estar dormido? Y además, recuerda que el viejo Ivanovitch no te pierde de vista.»

«Bien, en todo caso, éste de aquí no entiende el polaco y aquél está bastante lejos. Además, el estruendo del torrente ahoga por completo nuestro cuchicheo. Te quería decir solamente que no tengo muchas ganas de esperar los latigazos de mañana y que estoy decidido á pasarme á los abchases esta misma noche.»

«¡Cómo! ¿quieres pasarte al enemigo?»

«Di más bien, al amigo. ¿Qué mal nos han hecho estos valientes montañeses, para merecernos el con-

cepto de enemigos? Antes llamo enemigo á aquel que quiere imponerles los mismos grilletes que desde mucho tiempo tienen sujeto á nuestro desdichado pueblo.»

«¿Quieres acaso que te lleven á la horca, ó cuando menos, que te deporten á Siberia con tu charla imprudente? Si estimas en algo tu vida, cállate», repuso en voz baja el más viejo. «Estás alistado bajo las banderas del zar y no puedes ir contra la corriente.»

«Pero mi conciencia me prohíbe luchar por una causa injusta; no dispararé ni un tiro contra los abchases y aprovecharé la primera ocasión para pasarme á sus filas.»

«¿Estás loco? ¿Acaso no sabes que el zar quiere someter á los abchases, lo mismo que á las demás tribus caucásicas, porque son paganos y venden á sus hijos como esclavos á los turcos?»

«Si le interesa la conversión de estos pueblos, bien podía haberles dejado los misioneros que tenían. Yo he visto en Tiflis el convento de donde el general Gurko arrojó por orden imperial á los reverendos capuchinos que intentaban predicar á esas pobres gentes el Evangelio. Y aun antes, dicen que ya había expulsado de aquí á los jesuitas, que hace muchos años trabajaban con buen éxito en la conversión de estas tribus. Y cuanto á la esclavitud, dudo mucho que la suerte de esos desgraciados sea comparable á la de nuestros paisanos que gimen en las minas de Siberia.»

«Pues si no quieres estar trabajando en esas mismas minas, atado á pesadas cadenas, antes de tres meses, será conveniente que te calles; te lo recomiendo por última vez. Antes de que te pases á los abchases, piensa que su causa está perdida, y que en juicio sumarísimo serás pasado por las armas ó ahorcado del árbol más próximo, si acaso cayeres con vida en manos de los rusos. Medita, además, un momento que, en su casita á orillas del Vístula, tu madre cuenta los días que te faltan para acabar el servicio y los que aun tendrá que esperar tu regreso.»

«¡Pobre madre!» repuso el joven. «Gracias, Ladislao, por tu bien intencionado aviso; pero á pesar de esto, no puedo obrar contra mi conciencia, suceda lo que quiera. ¡La santa Madre de Dios me proteja y me permita regresar al lado de mi madre para consuelo de sus últimos días! Y confío que lo hará así. El año pasado hizo mi madre una peregrinación al santuario de Czenstochau y cada noche reza por mi felicidad. ¿Y sabes qué soñó la noche anterior á mi partida para Moscou? Me vió, rodeado de unos niños, envuelto en las llamas de una casa que ardía; parecía no haber salvación posible. Empero, ni los niños ni yo advertíamos el inminente peligro en que nos hallábamos, sino que yo les enseñaba tranquilamente á rezar el Avemaría; mas he aquí que de repente aparece por encima de la casa la imagen de Czenstochau, que lanzó suave lluvia sobre las llamas, y al rezar los niños: *ahora y en la hora de nuestra muerte, amén,*

acababa de apagarse la última lengua de fuego. Mi madre creyó hallar en este ensueño el pronóstico de que la Santísima Virgen nos tiene bajo su especial protección y que un día nos salvará á mí, y conmigo á aquellos niños, del peligro de la muerte.»

«Extraño es este ensueño», repuso el polaco de más edad. «¡Que te pronostique buena suerte! Pero ¿has oído? ¿qué es esto? Ahora mismo me parecía oír en el bosque, ahí delante de nosotros, algún ruido.»

Los dos amigos escuchan atentamente con respiración contenida y oyen bien perceptiblemente un ruido de ramas que se quiebran al paso de un hombre. Rápidamente amartillaron los fusiles y ya iba el mayor de los dos soldados á dar el «¿quién vive?» cuando una voz apagada se dejó oír en la linde del bosque, á pocos pasos de ellos, que les decía en su lengua materna: «Paisanos, he escuchado toda vuestra conversación. Daos prisa en pasaros á mi lado al abrigo de la espesura del bosque; de lo contrario, no os contéis por mucho tiempo entre los vivos; pues vuestra columna está cercada por todas partes.»

«Pasémonos, compañero», dijo Perecinski en voz baja, «esto es una disposición providencial», y procuraba arrastrar á su amigo; pero apenas dió un paso hacia el bosque cuando se dejó oír un tiro y el joven polaco cayó herido lanzando un quejido de dolor. Su amigo, á quien había pasado la bala rozándole casi la cabeza, se volvió y vió á la luz de la luna al viejo

Ivanovitch que desde el campamento se precipitaba hacia ellos con el fusil todavía humeante en las manos. Rechinando los dientes apuntó el polaco contra el ruso que acababa de dejar tendido á su compañero; pero cuando se disponía á apretar el gatillo sintió de repente que le sujetaban por detrás forzudos brazos: eran los del grusón, á quien el disparo había despertado del profundo sueño en que se hallaba sumido. Entablóse una lucha á brazo partido, á vida ó muerte; ya estaba el viejo ruso bastante cerca para poder hacer uso del arma blanca; pero justamente en ese instante brilló encima de las cabezas de los contendientes un fogonazo seguido de una detonación, que parecía repercutir centuplicada el eco, é Ivanovitch cayó al suelo. Inmediatamente se desarrolló por todas partes, á lo largo del lindero del bosque y desde las rocas allende el río, un fuego de guerrillas, y en derredor sólo se oía el salvaje grito de guerra de los abchases. En los primeros momentos intentó el oficial ruso poner orden entre sus gentes; pero hallándose al descubierto y sin serles posible encontrar blanco determinado sobre el cual dirigir su puntería, no podían mantenerse los soldados envueltos en aquel mortífero fuego cruzado; así es que procuraron hallar su salvación en la fuga, á pesar de todos los ruegos y mandatos del oficial; mas al ver que tenían también cortada la retirada, arrojaron sus armas y gritaron al enemigo que se hallaban dispuestos á entregarse. Con gran regocijo salieron entonces los abchases del bosque, para apo-

derarse de los prisioneros y del rico botín de pólvora y armas; después de lo cual el jefe pasó revista de su victoriosa tropa.

«¿Ha muerto ó ha sido herido en el combate alguno de nuestra yuné?» preguntó Usban-ok; pues él era quien había dirigido la sorpresa de las avanzadas.

«Nadie», fué la contestación que dieron á su pregunta.

«¡Alabada sea Tha-Nan (Madre de Dios)! Le ofreceremos un suntuoso sacrificio. Malek, tú te encargarás de conducir el botín á la yuné. Todo prisionero que esté dispuesto á luchar con nosotros contra el enemigo común, será considerado como uno de los nuestros; el que no se conforme con esto será internado en los valles y forzado al trabajo.»

«Allí yace un joven polaco herido, que justamente iba á pasarse á nosotros cuando la bala le tocó», dijo uno de los guerreros.

«Tómale contigo, Malek, llévalo á nuestra yuné, si puede montar, y dispón que se le cuide allí cual á un hermano. Los demás hemos de correr sin dilación hacia abajo por la carretera, para cerrar el camino al núcleo del ejército ruso, que el príncipe quiere coger en el desfiladero inferior. ¡Viva la libertad! ¡Mueran los rusos!»

4. La superstición de los abchases.

MARYUB y Mara no habían cesado de mirar desde lo alto de la roca, al cercano collado, para ver si regresaban victoriosos el padre y el hermano. Y con efecto, al cabo de pocos días divisaron á Malek al frente de una comitiva, caminando hacia el valle natal. ¡Cómo bajaron los niños de la peña, saltando alegremente, para ir al encuentro de su hermano!

«¿Dónde está el padre?» gritó Maryub.

«En la guerra; le va bien, y te manda expresiones. Marcha ahora con el príncipe contra el grueso del ejército ruso, después de haber nosotros sorprendido la vanguardia.»

«¿Y tú dejas al padre ir solo á la guerra y te vuelves á casa? Esto no lo habría hecho Maryub», dijo en son de reproche el hermano menor.

«Esto, también Maryub lo habría hecho, si el padre se lo hubiese ordenado; pues es un muchacho obediente», repuso Malek riéndose. «Pero no sé si el padre le habría confiado tan rico botín para que lo condujera á casa: centenares de fusiles, sables, cartucheras, cincuenta barrilitos de pólvora y unos cien prisioneros.»



De este modo fué conducido Perecinski.

«No os disputéis ya en la primera entrevista», dijo la pequeña Mara. «Vale más que nos cuentes si alguno de nuestra yuné ha sido herido ó muerto por los malvados rusos.»

«No, hermanita, ni hombre libre ni siervo ninguno. La gran Tha-Nan nos ha protegido. Pero ahí viene un joven polaco á quien el enemigo disparó una bala, hiriéndole en el hombro al tratar de pasarse á nuestra gente para hacer con nosotros causa común contra los rusos, los cuales también han sometido á su patria. Deberás, con la anciana Fatmé, cuidarle bien, á fin de que pueda pronto tomar parte en la lucha, pues le he cobrado mucho cariño.»

«¡Oh! recogeré para él las hierbas más saludables y se las pondré sobre su herida. ¿Es acaso el pálido joven que viene montado en el caballo blanco? Ven, Malek, le ayudaremos á bajar del corcel y le conduciremos á la yuné, ó, lo que será más acertado, tú, Maryub, ayuda al hermano, en tanto que yo me adelanto para preparar un blando lecho al pobre soldado.»

De este modo fué conducido Perecinski á una de las cabañas destinadas á los forasteros y, atendido por la anciana Fatmé, pudo reponerse pronto de su herida. Maryub y Mara se sentaban á menudo junto á su lecho. Al cabo de algún tiempo, el joven polaco había aprendido tanto con los niños, que se hallaba en situación de poder conversar con ellos. Así, estando una tarde reunidos delante de la tienda, contemplando la puesta del sol, les preguntó si sabían también quién

hizo el hermoso astro del día, las praderas, las selvas y las montañas que les rodeaban.

«Tha (Dios) los ha creado», respondieron los niños; «mas yo creo que Tha-Nan (Madre de Dios) le ayudó en ello», añadió Maryub.

«No, hijos míos, la Madre de Dios no existía todavía cuando Dios creó el mundo.»

«Esto sí que no lo creo», repuso Mara. «Pues Tha-Nan es su madre.»

«Es la madre del Hijo de Dios; pero no del Padre celestial. ¿Acaso no habéis oído decir nunca nada de Jesucristo, que la Madre de Dios dió á luz en el establo de Belén, colocándole en un pesebre?»

«Sí, hemos oído hablar de Jesús: él es quien llevó áuestas la cruz que nosotros adoramos. Pero eso del establo y del pesebre no nos lo han dicho. También ha explicado algunas veces mi padre que no se sabe á punto fijo si Mara Tha-Nan es la madre del Tha-ok (Hijo de Dios) ó del Tha mismo. Si estás mejor enterado de esto, entonces cuéntanoslo.»

El polaco quedó admirado de la ignorancia de estos pobres niños. Acudió á su memoria el ensueño de su madre y resolvió ilustrar á aquellas bondadosas criaturitas en la verdadera fe.

«¿Á quién dirigís vuestras oraciones cuando levantáis las manos al cielo, conforme os vi hacer ayer en la cúspide de la roca?»

«Adorábamos á la Madre de Dios, que también es nuestra madre», repuso Mara.

«Pero no debéis adorar á la Madre de Dios. Solamente Dios debe ser adorado. Podéis suplicarle que interceda con Dios y debéis amarla y honrarla; mas la adoración conviene solamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, al Dios trino en cuyo nombre estamos bautizados. ¿No estáis bautizados vosotros?»

Los niños miraron al polaco con asombro y contestaron: «No sabemos de qué estás hablando; ¿qué quiere decir 'bautizados'?»

«Así pues, ¿ni siquiera sois cristianos? ¿Acaso tampoco tenéis sacerdotes?»

«¡Quita allá! Nosotros no somos cristianos; los rusos lo son», exclamó Maryub. «Nosotros somos hijos del gran Tha é hijos de la Madre de Dios. Ciertamente tenemos sacerdotes; el anciano Maryom, del valle de los robles, es el sacerdote de nuestra yuné-is (esto es, cien cortijos). Ya le verás cuando, á mediados de la luna próxima, ofrezca el sacrificio en la fiesta de la gran Tha-Nan.»

«Entonces es la gran festividad de la Madre de Dios», añadió Mara, dando palmadas de alegría. «Entonces baja del cielo á la tierra, visita á sus niños, toma parte en la fiesta y bendice á todos los hombres buenos; pero no se la ve.»

Perecinski no volvía de su asombro al oír las explicaciones de los niños. Estos abchases, pensó, han sido evidentemente cristianos en otros tiempos; pero, en el transcurso de los siglos, deben haber desfigurado y perdido su fe primitiva, á causa de hallarse rodeados por pueblos mahometanos que los han tenido aislados

centenares de años de toda relación con los países cristianos de occidente.

En efecto, así era. En la parte sur del Cáucaso inferior, en la Georgia, florecieron poco después de los tiempos apostólicos parroquias cristianas. En las tribus de la parte del norte y del oeste de la cordillera penetró la fe más tarde, y todavía no había podido echar sólidas raíces cuando los turcos destruyeron en esa región el cristianismo naciente. Parece que á los abchases les fué predicada la fe cristiana por misioneros italianos; por lo menos existían ciertas relaciones comerciales entre los mercaderes genoveses, la Crimea, las tribus de las riberas del río Cubán y hasta otras de allende el Mar Caspio. Por esto se encuentra siempre entre los abchases la cruz de pie prolongado (†), y no la griega, de brazos iguales (+). Cuando más adelante la toma de Constantinopla por los turcos interceptó el camino entre los países de occidente y el Cáucaso, ya no fué posible á los misioneros sostener en la fe al pueblo recién convertido; entonces germinaron de nuevo las antiguas creencias y acabaron por ahogar, en su desarrollo exuberante, la semilla sembrada por los mensajeros del catolicismo.

Se conservaron sí algunos restos de antiguas saludables usanzas, pero desfigurados. La veneración de la santa Cruz y de la Madre de Dios se convirtió en idolatría, y el concepto de Dios único fué substituído otra vez en algunas tribus por las múltiples divinidades de las selvas, de los montes y de los ríos.

Poco después de la conversación con Maryub y Mara debía adquirir el joven polaco idea más completa de la mezcla de usos cristianos y paganos que constituían la religión de los abchases. Á principios de julio estaban ya de vuelta, victoriosos en su expedición contra los rusos, Usban-ok, Malek y los demás guerreros de la yuné. El anciano jefe consiguió causar á los rusos importantes derrotas en pequeños combates y en afortunadas sorpresas, y recoger rico botín en armas y municiones de guerra, si bien es claro que estos resultados no podían impedir á la larga el avance del enemigo. Por la parte del norte venía éste apoderándose, gracias á su superioridad de fuerzas, y paso á paso, del país montañoso; también allá debía acudir Usban-ok con su gente. Pero antes quiso visitar otra vez su yuné y celebrar con sus compañeros de tribu la gran fiesta de la Tha-Nan.

5. La festividad de los sacrificios.

AMANECIÓ el día señalado. Usban-ok marchó con casi todos los habitantes de su yuné al otro lado del cercano collado, en donde se reunían, en la yuné del viejo Maryom, los individuos de todo el yuné-is. Una dilatada pradera de la selva, cerrada en derredor por oscuros robles seculares, constituía el lugar del sacrificio. Al abrigo de un árbol corpulento se elevaba una especie de altar, edificado con piedra en seco, sin argamasa, frente á una vetusta cruz de madera, de grandes dimensiones y tallada sin arte.

Cuando el joven polaco llegó al sitio indicado, halló la pradera rodeada de apretada masa de pueblo, compuesta de hombres, mujeres y niños, de modo que le costó trabajo hallar un sitio desde donde observar el sacrificio, aunque sin tomar parte en él. En derredor del altar estaban cuatro hermosos toros, ocho carneros y otros tantos machos cabríos, cogidos de las astas por robustos jóvenes. La losa del altar se hallaba cubierta de fuentes llenas de tortas de pan, de trigo y de maíz, así como de miel, manteca, leche y *swett*. Este último es una bebida preparada con miel y mijo desleído,

de gusto repugnante y de efecto embriagador. Maryom, vestido con su traje ritual de blanca lana, no tardó en dirigirse al altar. Era un anciano de alta estatura y aspecto agradable, con lengua barba cana. Lo primero que hizo fué descubrirse. En el círculo formado por los hombres y en los grupos de las mujeres reinaba profundo silencio, de manera que podía oírse bien el chisporroteo de la leña en las hogueras, unas treinta, que ardían, dispuestas en semicírculo, alrededor del altar.

Dirigiendo su mirada hacia la cruz, cuyo bendito significado no conocía, el anciano entonó en alta voz un rezo, cuyas palabras la muchedumbre repetía unas veces en voz baja y otras cantando. Perecinski no pudo entender más que las palabras de: «¡Tha dahe (Hermoso Dios)! ¡Tha chuha (Gran Dios)! ¡Tamitchkí (Nosotros te adoramos)! ¡Jesha Tha-Ok (Jesús, Hijo de Dios)! ¡Mara Tha-Nan (María, Madre de Dios)! ¡Tha! ¡Tha! (¡Dios! ¡Dios!)* No oyó el polaco otras oraciones, y con el corazón henchido de conmiseración oró á su vez para que el Dios misericordioso y la Santísima Virgen iluminaran á aquellas pobres gentes extraviadas y las guiaran hacia la verdad y la gracia divinas.

Estas aclamaciones y cánticos, preliminares del sacrificio propiamente dicho, duraron cosa de un cuarto de hora. Después el anciano se cubrió con la alta toca de pieles, acostumbrada por los abchases, y todos los demás hombres siguieron su ejemplo. Dos jóvenes se

colocaron á su lado, uno por cada parte; el que se hallaba á la derecha llevaba en un plato de madera tres cuchillos de diferentes dimensiones, mientras el de la izquierda tenía en las manos tres vasijas de madera metidas una dentro de otra. Perecinski reconoció en el muchacho que ofrecía al anciano los cuchillos á su amigo Maryub, y se le ocurrió la duda de si no hubiera procedido mejor explicándole que no le era lícito tomar parte en la supersticiosa operación. No obstante, también se hizo la siguiente reflexión: «No me era posible en tan poco tiempo ilustrar á Maryub, y por tanto valía más que le dejara hacer lo que considera agradable á Dios.»

El anciano sacerdote tomó en seguida el mayor de los cuchillos, que le fué presentado por Maryub, hizo una señal al viejo Usban-ok, como cabeza de familia de la yuné más distinguida, para que se acercara, y le entregó el arma. Usban-ok lo tomó y lo entregó á su vez al cabeza de familia inmediatamente inferior en categoría, y así fué pasando el instrumento de sacrificio rápidamente de mano en mano. Los cien jefes de familia allí reunidos y luego todos los demás hombres lo tocaron, hasta que, después de haber verificado todo el recorrido, de derecha á izquierda, llegó de nuevo á manos del sacerdote.

Uno de los últimos en el turno de los hombres era el joven Malek. Al tomar éste el cuchillo, dijo al polaco que se colocara en fila y tocase también el hierro: «Esto te traerá dicha y bendiciones», añadió.

Perecinski no quería ni debía aceptar esta proposición, pues evidentemente la circulación del cuchillo significaba que el sacerdote ofrecía el sacrificio en nombre de todos los que lo tocaban. Por consiguiente rehusó la invitación. Esta negativa sublevó el ánimo al joven abchase. «Perro cristiano», gritó, «¡cómo! ¿no quieres tener comunidad ninguna con nosotros en nuestro sacrificio? Hasta ahora te he considerado como amigo y esperaba poder luchar á tu lado en nuestra próxima campaña contra los rusos, nuestro común enemigo; pero quien no reza conmigo no puede ser tampoco mi compañero de armas.»

El polaco se mantuvo en su negativa y se afirmó en su propósito de no querer tocar el cuchillo, para no hacerse culpable de participar en aquella acción supersticiosa y semipagana. En vano repitió Malek con ojos centelleantes su empeño. «Si no sacrificas con nosotros», dijo, «te consideraré como traidor y propondré al padre que en lo sucesivo te trate como esclavo.»

«Y aun cuando me amenazara de muerte, no podría yo tomar parte en vuestro sacrificio», repuso el polaco con firmeza.

La interrupción que esta corta discusión había producido, llamó la atención de toda la asamblea sobre los dos jóvenes.

«¿Qué tienes, Malek?» gritó el viejo Usban-ok. «Haz pasar el cuchillo.»

«El cristiano de nuestra yuné no quiere tocarlo», contestó el joven.

Prodújose entre los abchases acalorada manifestación de desagrado al oír esas palabras, y algunas voces exigieron que se hundiera en el pecho del polaco el cuchillo sagrado.

Mas el anciano Maryom recomendó la calma. «¿Á qué viene estorbar el sacrificio con salvaje gritería? Temo que el gran Dios no lo aceptará de buen grado. Y tú, Malek, ¿por qué invitas á un cristiano á tomar parte en nuestra ceremonia? Esto no puede ser, pues perdería su pureza el sacrificio dedicado á la gran Tha-Nan. Á fin de que este hombre no perturbe de nuevo la fiesta, atadle á aquel roble. Después del sacrificio celebraremos consejo y resolveremos qué se debe hacer con él.»

Así fué. Perecinski se vió inmediatamente sujeto por forzudos brazos y atado sólidamente al nudoso tronco de un roble; después de lo cual la celebración de la ceremonia continuó su curso acostumbrado. Cuando el arma volvió á poder del sacerdote, dió éste la señal para que le presentaran el primero de los animales destinados al sacrificio. Seis robustos mozos derribaron un toro al suelo, frente al centro del altar de piedra, y lo mantuvieron con fuerza, mientras el anciano, murmurando las palabras «Tha, Tha-Jesha, Tha-Nan», abría con el instrumento el cuello á la víctima y llenaba con su sangre la primera de las vasijas de madera.

De igual manera fueron sacrificados los toros restantes; luego, cuando habían perdido toda la sangre,

los arrastraron hasta las hogueras, descuartizándolos allí para el banquete. Nuevamente empezó el pueblo á entonar, ya rezando ya cantando, la fórmula de oración antes mencionada, mientras el sacerdote levantaba en alto el cuchillo ensangrentado, en dirección de la cruz. Después se pasó de mano en mano el segundo de los cuchillos. Fueron sacrificados los carneros y con su sangre se llenó la segunda de las vasijas; estos animales fueron llevados á las hogueras y hechos pedazos también. Finalmente, emprendió el tercer cuchillo el camino seguido por los otros dos, y después de sacrificados los machos cabríos por los mismos procedimientos empleados en los sacrificios anteriores, fueron colocadas las vasijas, llenas con la sangre de las víctimas, á la derecha del altar, y todo el mundo acudió á ellas para mojar un trapo ó siquiera un dedo en el líquido, á que los abchases atribuyen supersticiosamente virtudes sobrenaturales. También los hombres mojaron en la sangre sus armas con objeto de encantarlas y hacerlas mortíferas para el enemigo.

Después dió principio la segunda parte de la fiesta. Mientras los jóvenes trabajaban en la preparación del banquete ritual, se acercaban los casados aisladamente y en grupos al viejo Maryom para exponerle sus súplicas. El sacerdote les escuchaba, y echando la toca de pieles debajo del brazo, elevaba hacia la cruz las diferentes peticiones, murmurando en voz baja algunas palabras. Por la suerte y la salud, por bendiciones

sobre casa y rebaños, por victoria y botín, por venganza sobre los rusos se hicieron innumerables preces al gran Tha. Cuando acabaron las peticiones de los casados, siguió la parte de la fiesta que conservaba más reminiscencias de las primitivas creencias cristianas. El anciano pasó de nuevo al altar, tomó en la mano una gran torta de pan plana, se volvió hacia la comunidad y dijo con aire solemne: «El pan que habéis traído en ofrenda al gran Tha ha estado en su mesa y se ha santificado; comed de este pan, y os traerá felicidades.» Rompió luego el pan en pequeños pedazos y los repartió entre los casados; después tomó una vasija llena de swett y dió de beber á la gente, uno tras otro.

Perecinski, que desde el roble donde se hallaba atado podía contemplar toda la marcha de la fiesta, recordó vivamente la comunión. Profundo dolor sentía su alma al considerar que el sacrosanto misterio del amor divino había llegado á ser profanado por error é ignorancia de aquellas pobres gentes, hasta quedar convertido en una ceremonia supersticiosa y mal comprendida.

Pronto le sacaron no obstante de estas reflexiones las manifestaciones de júbilo á que se entregaban los montañeses. Había principiado el solemne banquete. Las familias formaban distintos grupos á la sombra de los árboles; las personas de edad más avanzada eran servidas antes que los demás por los niños y las niñas. La carne de los animales sacrificados, cocida con pa-

pillas de mijo, constituía la comida; como bebida pasaba de un grupo á otro el swett embriagador. En tanto comenzó á declinar el día; las sombras de los árboles se prolongaban sobre la pradera y el crepúsculo parecía ascender de los valles. Pero la fiesta distaba mucho de terminarse. La gritería y el ronco cantar de los abchases embriagados resonaban cada vez con más estruendo y fiereza, pues ya empezaba el swett á producir sus efectos.

Perecinski observó que los hombres, con cara enrojecida y ojos chispeantes, bailaban en torno de las altas hogueras, blandiendo sus relucientes alfanjes; y empezó á presagiar que le esperaba funesto desenlace. ¿Qué no serían capaces de hacer aquellas gentes semi-salvajes en estado de embriaguez? Uno de los grupos, especialmente, parecía ocuparse, hacía ya rato, del cristiano que había turbado la fiesta, y sus individuos le señalaban con la mano y con los sables. Por lo que el polaco pudo comprender de sus palabras, á pesar de la distancia y del bullicio general, se trataba de que algunos de los guerreros exigían su sangre en reparación de la interrupción causada á la fiesta del sacrificio. El prisionero creyó llegada su última hora y se dispuso á la muerte. De todo corazón procuró despertar en su alma remordimiento y contrición y rogó á Dios que se dignara aceptar su sangre en substitución de la recepción del sacramento de la penitencia. Luego vino á la mente el recuerdo de su anciana madre, que allá lejos, en su cabaña á orillas del Vístula, espe-

raba su regreso, y que tal vez en aquel mismo instante rezaba por su hijo á la Virgen de Czenstochau; y entonces también él suplicó á la Madre de misericordia que le ayudara en aquel trance y le volviese algún día sano y salvo al lado de su madre.

Y mientras el joven polaco oraba así en la angustia de su alma, le ocurrió este voto: prometer á la Santísima Virgen guiar hacia ella á los dos niños que allí iban á perder su alma en un semipaganismo y que, no obstante, tan sentidamente, si bien no en el verdadero modo, la veneraban. Parecióle este propósito como iluminación del cielo, y prometió, en cuanto le fuera posible, enseñar á aquellos niños y prepararlos para el sagrado bautismo.

Mientras tanto, parecían ocuparse en discutir la suerte del polaco también los abchases de las hogueras más cercanas; y no tardó en generalizarse el grito de «¡Muera el cristiano!»

Usban-ok y el anciano Maryom intervinieron ciertamente en favor del extranjero, pero no con gran celo, mientras por otro lado la ira de la embriagada muchedumbre crecía á cada momento; quien con mayor insistencia después de haberse regalado largamente de embriagante swett, exigía, con mirada amenazadora y de mal agüero, la sangre del cristiano, era Brak-ok, yerno de Usban-ok. Perekinski cerró los ojos, para hacer con mayor fervor su última oración, pues esperaba que la muchedumbre enloquecida se precipitaría sobre él con los sables desnudos de un momento á otro.

Mas, repentinamente oyó detrás de sí la voz de Mara. «Extranjero», dijo la muchacha en voz baja, «esos hombres quieren matarte, ¡huye!»

«¿Cómo huir, querida Mara? Bien puedes ver que estoy atado.»

«¡Oh! traigo un cuchillo y la gran Tha-Nan me ayudará para que pueda cortar esta sogá tan gruesa. ¡Vaya!... ¡oh cuán fuerte es! pero... toma... ¡ya está! Deslízate hacia la espalda del árbol, y escápate en la sombra á tiento hacia adelante hasta llegar á la roca junto al torrente. Allí espera mi hermano Maryub, que te ayudará á ponerte en salvo. Me ha dicho lo que debo hacer para llevar á los hombres por una falsa pista. Dáte prisa, ¿qué esperas?»

«Buena Mara, la Madre de Dios me concederá que algún día pueda recompensaros á ti y á tu hermano ese cariño que me demostráis.»

«Sí, esta noche baja ella del cielo y bendice á todos los hombres buenos. Creo que también á ti te bendecirá, aunque no has querido tocar hoy el cuchillo; pero ahora, dáte prisa y huye.»

6. Una conversación en las ruinas de Drandí.

EN la ladera sudoeste del Cáucaso se conservan aún hoy algunas vetustas iglesias de los abchases, que datan de los antiguos tiempos en que aquella región, comprendida entre el mar y la cordillera, era todavía tierra cristiana. Cuando posteriormente los turcos tomaron posesión de esta zona, se retiraron los abchases á los inaccesibles barrancos y valles del Cáucaso, donde, si bien sostuvieron tenazmente su independencia, fueron cayendo lentamente de nuevo en sus creencias paganas, conforme hemos referido ya. Los antiguos templos situados junto á la orilla del mar fueron, parte convertidos en mezquitas musulmanas y posteriormente en iglesias rusas, parte se derrumbaron y están ahora cubiertos de maleza. Tal vez la más grandiosa y la más notable de estas ruinas es la de la iglesia de Drandí, la cual, á juzgar por su estilo de construcción, debe ser de la época de las cruzadas. Unas cuantas cabañas se arriman á sus vetustos y altos muros, los cuales más las amenazan que protegen.

Una de estas cabañas estaba habitada por un tal Hadchí Keranduk, hombre perverso y sin fe, que unas

veces por encargo de los rusos, otras á sueldo de los turcos, prestaba servicios de espía, y que por dinero era capaz de cualquier traición. Ya en otra ocasión había vendido al comandante ruso por cuatrocientos rublos de plata la cabeza de un oficial polaco que quería luchar voluntariamente en favor de los abchases. Poco tiempo después de la fiesta, que tan fatal había sido para el joven polaco, se hallaba este Hadchí Keranduk sentado una tarde junto á la valla de su cabaña y fumaba su pipa, sumido en meditación, cuando apareció á su espalda un abchase que, apoyándose con las manos sobre la valla, habló á aquel hombre ruin:

«Hermano Hadchí Keranduk, te saludo.»

«¿Eres tú, Brak-ok?» contestó el interpelado incorporándose asustado, saliendo bruscamente de sus cavilaciones. «¿Cómo le va á tu suegro Usban-ok? ¿y á los demás valientes de vuestra yuné? ¿Vienes á negociar conmigo alguna compra de pólvora y plomo ó acaso os habéis avenido á firmar la paz con los rusos antes de que os quemen las cabañas?»

«Usban-ok ha tomado á los rusos en el desfiladero del Casbec más pólvora y plomo de la que guardas en tus subterráneos, bajo la antigua iglesia. Me ha encargado que venga á verte, no para eso, sino para indagar cuándo llegan las tropas auxiliares prometidas por los turcos.»

«Ya vendrán, Brak-ok, y con ellos también una división de polacos, á quienes el Gran Turco prestó algunos cañones.»

«¿Polacos, dices? — Pues óyeme, dicen que has vendido en otro tiempo cabezas de polacos á los rusos. En poco ha estado que te trajera una.»

«¿De veras dicen eso?» preguntó Hadchí haciendo una mueca repugnante. «Pero me parece que traes todavía algún pequeño encargo que te pesa sobre el corazón. Ven conmigo hasta las vetustas ruinas. Allí podremos hablar con toda comodidad.»

El viejo se levantó y marchó seguido del abchase por entre la hierba y los matorrales hasta un sitio apartado, pero en las mismas ruinas. Sentóse á la sombra de una pared derruida y señaló á Brak-ok un gran sillar desprendido de la muralla como para invitarle á hacer otro tanto.

«¿Qué es eso de la cabeza del polaco?» preguntó entonces en voz baja el viejo Hadchí. «Puedes hablar sin temor.»

Brak-ok contó la historia de la última fiesta del sacrificio y el rapto milagroso del joven polaco por la gran Tha-Nan. «Imagínate, Hadchí», exclamó para terminar su relato, «que yo estaba de este modo delante del maniatado forastero y blandía así mi alfanje, cuando en el momento en que iba á hundírselo en el cuello... ¡zas! había desaparecido.»

«¿El alfanje?»

«¡No, el polaco!»

«¡Cómo! ¿desaparecido ante vuestros propios ojos?» dijo el viejo riéndose.

«Se disolvió en el aire, tan cierto como me llamo Brak-ok y soy el yerno de Usban-ok.»

«¿Y la Tha-Nan ha hecho esto por un hombre que ni siquiera quiso tocar en honor suyo el cuchillo del sacrificio?»

«¿Quién, si no, podía haberlo hecho?» repuso el abchase.

El viejo Hadchí lanzó pensativamente al aire algunas bocanadas de humo de su pipa y añadió luego: «No le habíais atado bien al árbol; he ahí todo.»

«Te aseguro que estaba atado tan sólidamente que ni un toro hubiera podido soltarse. Yo mismo le até con la cuerda al árbol y yo mismo hice el nudo.»

«En todo caso habíais bebido mucho swett cuando á vuestra vista se disolvió en el aire.»

«Efectivamente, habíamos bebido; pero el swett, que nosotros absorbimos, no pudo en modo alguno soltarle las ligaduras.»

«Sea como fuere, prefiero que la Tha-Nan se lo haya llevado por encima de los árboles, más bien que saberle despachurrado por vuestros alfanjes. Con todo, creo que no lo habrá conducido muy lejos. Dime, querido Brak-ok, ¿acaso no tiene el polaco amigos muy adictos en vuestra yuné?»

«Que yo sepa, no. Malek le quería bien antes; pero desde los acontecimientos de la fiesta se convirtió en su peor enemigo porque no quiso asociarse al sacrificio. También eran amigos suyos los niños Maryub y Mara, con los cuales andaba siempre y que se hallaban en la fiesta . . .»

«Basta», dijo el viejo Hadchí pasándose la mano por la barba cerdosa y cana. «Ten la bondad, valiente

Brak-ok, de no perder de vista á estos niños, y no tardarás en averiguar adónde la Tha-Nan se llevó al polaco.»

«¿Qué me importa eso?» repuso Brak-ok. «Aquella tarde le habría matado, pues el swett me pone siempre iracundo; pero hoy le dejo en paz. ¿Acaso no vino él voluntariamente á nosotros para luchar en nuestra compañía contra los rusos?»

«Podrás tú matarle ó no», dijo Hadchí encogiéndose de hombros. «Pero si acaso le matares, no olvides traerme su cabeza; te doy por ella cien rublos de plata pagaderos al contado.»

«¡Cien rublos de plata!» exclamó el abchase abriendo desmesuradamente los ojos. «¿Conque es cierto lo que de ti se dice, que te ocupas en vender cabezas de desertores polacos al comandante del cercano fuerte fronterizo?»

«Hay que procurar hacerse con el dinero de estos rusos», dijo el viejo Hadchí riéndose con voz ronca. «¿No son nuestros enemigos, y no es un saco de rublos, con los cuales podemos adquirir pólvora y fusiles, de mayor valor que tal cabeza de muerto, con la que nada pueden hacer?»

«¡Cien rublos!» repitió Brak-ok. «Pero esto es contrario al deber de hospitalidad; mi suegro, el anciano Usban-ok, no lo haría jamás.»

«¿Está el polaco todavía en vuestra yuné? No, ya no está; él la abandonó y por tanto ha renunciado á la hospitalidad. Además, tampoco has de decir á tu suegro una palabra. Para él, la gran Tha-Nan se ha llevado al polaco por los aires; de consiguiente, en



«Ni un copeque antes de ver la cabeza.»

Los hijos de María.

el caso de que le mates, ni siquiera se ocupará del asunto. Mas no te digo yo: hazlo; solamente te digo: si lo haces, no te olvides de traerme su cabeza y venir á buscar los cien rublos de plata aquí en mi cabaña.»

«Es una bonita suma, tan cierto como soy un honrado abchase. Y en rigor él ha merecido la muerte, puesto que no quiso tocar el cuchillo del sacrificio. ¿No te parece también así, Hadchí?»

«Cuando menos, así lo pensabais vosotros después de beber el swett.»

«En efecto, pero el viejo Maryom opinaba de otro modo. Y ahora que estoy en cabal juicio, debo confesar que el polaco nunca me hizo mal alguno. Mas, por otra parte, los cien rublos . . .»

«Bebe swett. Si vuelves á beber swett, volverás también de nuevo á tu antiguo parecer. Ten presente, sin embargo, en todo caso, que si tú no te ganas los cien rublos, ya otro cualquiera me traerá la cabeza del polaco por ese precio.»

«¡Alto ahí! Si por fuerza quieres la cabeza de todos modos . . . entonces, no veo por qué habría de ser otro quien se llevara los cien rublos. De consiguiente, trato hecho, viejo Hadchí Keranduk. Pero dime, ¿no podrías anticiparme desde luego la mitad de la suma como fianza?»

«Ni un copeque antes de ver la cabeza.»

«¿Crees que me quedaría con el dinero y no te traería la cabeza? Pero si no te fías de mí, ¿cómo quieres que tenga yo confianza? No olvides, Hadchí

Keranduk, que si me escatimas uno solo de los cien rublos de plata, te abriré la cabeza por mitad. ¿Me has comprendido?»

«¡Por vida mía! Eres un mozo irritable y peligroso, Brak-ok», dijo el viejo traidor con forzada sonrisa. «En un negocio como el que nos ocupa, la ventaja mutua es lo que ha de infundir confianza. Y ahora, volviendo al desembarque de las tropas turcas auxiliares, puedes anunciar á Usban-ok que Sefer-Bajá, que se halla aquí cerca, las espera de un día á otro. Además, yo mandaré á mi chico á la yuné cuando llegue la hora de emprender la marcha hacia el río Cubán; pues el ataque por vuestra parte y desde aquí, ha de ser simultáneo, si debe esperarse un buen éxito. Procura solamente cobrar antes los cien rublos. Y ahora, adiós, valiente y precavido Brak-ok. No te olvides de vigilar á los dos niños; ellos te pondrán en la verdadera pista antes que el sol se haya ocultado tres veces en el mar.»

Los dos hombres que acababan de poner precio á la vida de Perecinski se levantaron y se separaron. Brak-ok se dirigió hacia la montaña. El viejo Hadchí le siguió con mirada hosca. «Traeré la cabeza», dijo, «y cuanto á partir la mía, ya tendré buen cuidado de que no lo logre.» Con estas palabras se llevó involuntariamente las manos al cráneo murmurando: «¡Esos salvajes mozos de los montes! Habrá que precaverse contra ellos.»

7. La primera lección.

MORA es ya de que volvamos en busca de nuestro amigo Perecinski, para enterarnos de su suerte; retrocederemos en esta relación hasta la mañana del día siguiente á aquella infausta festividad de los sacrificios.

En dicha mañana hallamos al joven polaco acompañado por su pequeño salvador Maryub en una cabaña distante como media hora de la yuné de Usban-ok. Esta choza ofrecía accidentalmente refugio á los pastores de cabras; en aquella ocasión estaba deshabitada, y Maryub condujo á ella al polaco, á la luz de la luna, subiendo por el lecho del torrente.

Cuando al despuntar el día pudieron alcanzar aquel recóndito refugio, dijo el muchacho: «Aquí podrás ocultarte. Hay una cueva que penetra en la montaña y á la cual se puede llegar por la pared posterior de la choza. En este sitio no te hallarán ni mi hermano ni los demás hombres que quieren sacrificarte á Than-Nan; Mara y yo te traeremos pan, queso y huevos hasta que la guerra se concluya y puedas regresar á tu patria al lado de tu madre, de la cual nos hablaste hace poco.»

«Buen Maryub», repuso á esto el polaco, «tú y tu hermanita me habéis salvado la vida. Á cambio de ello espero, con auxilio de Dios, procuraros vida nueva y mejor. Ahora, déjame solo y corre á la yuné, á fin de que tu padre no te eche de menos.»

«No me echará de menos», dijo Maryub. «Al día siguiente de la festividad de los sacrificios tienen todos los abchases ya crecidos muy pesada la cabeza, á consecuencia de la gran cantidad de swett santificado que han bebido, y duermen en sus casas. Yo me quedaré contigo hasta que venga Mara y nos traiga noticias respecto de si han determinado perseguirte ó no. Véte ahora á la cueva y échate á dormir.»

Perecinski siguió el acertado consejo de Maryub. Con precaución se internó á tientas en la cueva y halló la cama de helechos secos. Apenas se hubo tendido en la misma y dicho una breve oración, cuando á consecuencia del cansancio y de la agitación sufridos, cerró sus párpados profundo sueño.

También Maryub se acostó; pero éste no pudo conciliar el sueño en seguida, sino que empezó á meditar respecto de la mejor vida que el polaco le prometiera, para él y su hermana. «¿Acaso me querrá hacer príncipe y regalarme armas tan bonitas como las del guerrero que vino á nuestra yuné en la primavera última? ¿Y tal vez querrá regalar á Mara vestidos de oro como los de la hija del rey, de la cual la anciana Nana nos hablaba?» Así estuvo pensando hasta

quedar dormido, para continuar tejiendo en sus ensueños ilusiones respecto de la vida mejor.

Le parecía que montaba un corcel ricamente enjaezado y que el sol hacía jugar sus rayos en las piedras preciosas que adornaban el puño de oro de su sable. «Mira», decía á Mara, la cual, vestida de rica seda, iba cabalgando á su lado, sobre una blanca jaca, «mira la preciosa arma que el polaco me regaló.» Y Mara le contestaba: «¡Oh! mira la diadema de oro que me sujeta el velo, aun es mucho más rica.» Luego el ensueño cambiaba de forma; creíase perseguido por los enemigos, y él y su hermana corrían y corrían para escapar, pero los caballos no se movían del sitio y ya oían el pisar de las bestias que se acercaban hasta tocarles, sintiendo en el cuello el resoplido de sus fauces. Maryub tiró del precioso sable y se volvió, mas, rígido de espanto dejó caer el brazo. Delante de él estaba su primo Brak-ok, quien le arrebató el arma diciendo: «Vosotros no debéis tener mejor vida que nosotros y nuestros padres.»

Maryub despertó dando un grito de dolor. Era ya mediodía pasado. Mara estaba presente y le dijo: «¡Qué pesadilla has tenido! Iba á despertarte, pues gemías muy angustiado.»

«¿Eres tú, Mara?» preguntó el niño todavía medio adormecido. «¡Oh! nos han quitado aquellas cosas tan preciosas, á mí el hermoso sable con el puño de oro y las brillantes pedrerías, y á ti la rica diadema.» Luego contó á su hermanita el sueño que había te-

nido y lo que el polaco le había dicho respecto de una vida mejor.

Las voces de los niños despertaron también al fugitivo, que salió pronto de la cueva para reunirse con ellos. Sentáronse todos delante de la cabaña, debajo de un viejo abeto de obscuro ramaje, que pendía hasta casi tocar el suelo. Ante ellos rugía el torrente saltando sobre peñas cubiertas de musgo, é inmediatamente, en la otra orilla, lo mismo que también detrás de la cabaña, se elevaban verticalmente las escarpadas rocas, dejando apenas espacio acá y acullá para que echara sus raíces algún arbusto ó algún mísero abeto. El sol había desaparecido ya de la estrecha garganta de montañas y sus rojizos rayos daban únicamente en el borde superior del despeñadero del frente, así como en los abetos que allí crecían. Al polaco le pareció no haber visto en toda su existencia soledad más espantosa; sin embargo, los niños, acostumbrados á la vida agreste y montañesa, se encontraban en el profundo barranco como en su casa.

«Aquí estás en salvo», dijo Maryub, quien no dejó de observar la impresión que el tétrico paisaje hacía en el extranjero. «Aquí no te buscará ningún abchase. Y ahora, Mara, cuéntanos cómo terminó ayer la fiesta y lo que hacen hoy en la yuné.»

«Evidentemente la gran Tha-Nan te ha protegido, extranjero», dijo la muchacha. «Apenas corté la cuerda y desapareciste en el bosque, cuando se precipitaron los hombres con los sables desenvainados hacia donde

momentos antes estabas. Puedes creer que te habrían hecho pedazos. Apenas tuve tiempo de ocultarme con las cuerdas cortadas detrás del árbol más próximo. Así que llegaron á aquel sitio y no te hallaron, prorrumpieron en espantosa gritería. ¿Dónde ha ido á parar? exclamaron á una voz. Ahora mismo estaba aquí, y ha desaparecido junto con la cuerda.—No parece sino que se ha disuelto en el aire; yo mismo le veía en este momento delante de mis propios ojos, dijo uno de ellos, y todos retrocedieron como espantados ante un milagro.—Esto no ocurre de una manera natural, exclamó el viejo Murkos; el espíritu del mal se lo ha llevado.—Ó tal vez la gran Tha-Nan lo ha arrebatado á nuestras manos, dijo el viejo Maryom, que había ofrecido el sacrificio. Y yo creo que tiene razón; la Madre de Dios te ha salvado de la muerte por nuestra ayuda. Como hace poco nos contaste cosas tan bonitas sobre ella, Maryub y yo resolvimos libertarte.» Mara añadió que después de las palabras pronunciadas por Maryom, nadie tuvo idea de perseguir al fugitivo.

Después tomó un cesto del cual sacó un puchero lleno de espesa papilla de mijo, manjar usual entre los abchases, denominado en su lenguaje *swa-pasta*; también llevaba la niña queso y pequeñas tortas de pan, todo lo cual entregó al polaco. Luego llenó un vaso con el agua del torrente y dijo: «Come, pues, y bebe. He pedido estos manjares para un pobre á la vieja Nana; te lo digo á fin de que no creas que para

traértelos he mentido ó los he robado; y mientras comes, podrás enterarnos de la vida mejor de que has hablado á Maryub.»

«Gracias, buena Mara, y á ti también, querido Maryub, por haberme salvado ayer y por la comida que hoy me traéis. Vosotros sois para mí lo que los cuervos fueron para Elías cuando le llevaban el pan; ó más bien, sois mis ángeles, como el que alimentaba á Daniel en el lago de los leones. ¿No conocéis esta historia?»

Los niños no sabían nada sobre el particular, así fué que el soldado les refirió la historia del profeta Elías y de Habacuc á quien el ángel llevó cogido por los cabellos á Babilonia. «¡Oh! debió hacerle mucho daño», dijo Mara y se cogía la cabeza con las manos; «es preferible venir á pie desde la yuné aquí.» Maryub se echó á reir diciendo que el ángel debía tener los dedos muy suaves y que sin duda no tiraba de los cabellos como la vieja Nana en sus momentos de enfado.

El polaco rezó una pequeña oración y se sentó á comer. Quiso dar también su parte á los niños, y Maryub aceptó, pero Mara no admitió la invitación, por cuanto entre los abchases la costumbre prohíbe á las mujeres y niñas comer delante de los hombres.

Después de haber reparado sus fuerzas, comenzó Perecinski su enseñanza referente á la vida mejor. Explicó á los niños que Dios creó á los hombres haciéndolos hijos suyos, y que mientras permanecieron

en estado de inocencia, vivían en un precioso jardín. «Y el jardín estaba lleno de las flores más bellas y de frutas que eran dulces y agradables al paladar, y todos los animales en este divino verjel eran mansos y obedecían al hombre, su palabra y sus señas. Se acercaban á él los conejitos y jugaban; los corzos esquivos no le huían; aun el terrible oso y el lobo fiero no le hacían mal alguno. Y las aves del cielo se posaban sobre sus manos y le cantaban sus más dulces trinos. Entonces no había tampoco guerras ni discordias entre los hombres, antes al contrario, solamente el amor reinaba entre ellos. Pero el mayor de tantos beneficios era que Dios mismo vivía cual padre amantísimo entre sus hijos, hablándoles cariñosamente y con afecto paternal. La muerte no tenía poder alguno sobre los hombres, de manera que éstos podían, sin morir, ir al cielo y ver á Dios. ¿No era ésta una hermosa vida, una vida muchísimo mejor que la que tenemos ahora?»

«¡Oh, qué bien estaban entonces los hombres!» dijo Mara. «Pero eso que nos cuentas es una leyenda como las que nos refiere la vieja Nana de los pigmeos que según ella viven dentro de la montaña en habitaciones de oro.»

«Lo que os digo no es ninguna leyenda, sino la verdad más pura; de la manera que os digo, y aun mucho mejor de lo que puedo contaros, es como vivían los hombres cuando eran todavía hijos de Dios.»

«¿Y por qué no han continuado siéndolo?» preguntó Maryub.

«Porque se volvieron malos y desobedecieron á los mandatos de su Padre; éste, que aborrece el pecado, les desheredó, echándolos de aquel bello jardín, y los entregó á la miseria y á la muerte.»

«¿Y tú dices que nos podrías devolver aquella vida mejor en el precioso jardín de Dios? Si dispones de esta vida y tienes entrada en este vergel, entonces ¿por qué te quedas aquí y no te vas á ese delicioso sitio llevándonos contigo?» añadió Maryub.

«Espero alcanzar esa vida, pues creo ser un hijo de Dios. Todo hijo de Dios tiene la llave para el jardín eterno de su Padre que está en los cielos; sin embargo, no puedo ir á él hasta que me mande un mensajero que me llame. Si para entonces no he perdido la llave, entonces podré entrar en el paraíso eterno.»

«Enseñanos la llave», exclamó Mara.

«La llave está guardada en mi corazón y únicamente puedo usarla después de la muerte.»

«¿Puedes darnos también á nosotros una llave de esas?» preguntó Maryub.

«Sí, pues yo puedo hacer que seáis hijos de Dios.»

«¡Oh, entonces, haz que seamos hijos de Dios!» exclamaron á una voz Mara y Maryub. «Hijos de la Madre de Dios ya lo somos.»

«Este es el mejor camino para llegar á ser hijos de Dios. Sin embargo, os he de enseñar todavía muchas

cosas antes que os pueda convertir en hijos de Dios. Ahora es tiempo de regresar á vuestra yuné; pero mañana volved aquí si podéis, y en cambio de la vida terrena que me habéis salvado, yo os procuraré, con ayuda de Dios, la hermosa vida celestial en el paraíso. Mientras tanto, orad á la Madre de Dios é id bajo su protección. Ved que los últimos rayos del sol ya no iluminan más que la punta de los abetos allá en la cresta del despeñadero.»

8. El anciano del Elbro.

BRAK-OK estaba de nuevo en la yuné. La misma tarde de su regreso hallábase sentado en el corro de los hombres delante de la puerta de la casa grande habitada por su suegro Usban-ok como cabeza de todo el caserío. Claro es que bajo esta denominación de casa grande no hay que figurarse ningún palacio. Un edificio sencillo construído con vigas y tablas toscamente labradas es, á los ojos de los pobres montañeses del Cáucaso, una casa muy distinguida; los demás habitantes de la yuné viven en miserables chozas cuyas paredes están formadas de ramas entrelazadas y estucadas con barro. Brak-ok tuvo que referir algunos pormenores de su excursión, pero se guardó bien de mencionar la fechoría concertada con el viejo Hadchí; en cambio habló sin cansarse de Sefer-Bajá y de los soldados turcos, afirmando que cada día se esperaban nuevos buques de Constantinopla, en los cuales debía venir también una sección de polacos con cañones, dispuestas todas las tropas á luchar, de común acuerdo con los abchases, contra los rusos en el Cubán.

Esto provocó una discusión entre los oyentes. El viejo Murkos no quería fiarse de los polacos, manifes-

tando haber oído decir que el lenguaje de éstos era casi idéntico al de los rusos, y expuso la duda de que en vez de tirar sobre los enemigos, sólo aparentaran hacerlo; tal vez su único propósito al venir era enterarse de todos los pasos y desfiladeros de la montaña, con objeto de darlos luego á conocer á los soldados del zar.

Usban-ok replicó á esta suposición. «Los polacos han sido despojados de su patria y de su libertad por los rusos», dijo, «y por este motivo hacen causa común con todo pueblo que lucha contra éstos. No es á los polacos á quienes yo temo, sino, tal vez con más razón, á los turcos, que al ayudarnos en nuestra empresa no lo hacen con otro fin que el de reinar luego ellos mismos. Pero nosotros queremos ser libres y no tener las manos atadas como el anciano del Elbro.»

«¡El anciano del Elbro!» exclamó Malek, «cuéntanos algo sobre él, Maryom.»

El sacerdote, conocido nuestro desde la festividad de la Tha-Nan, había venido también á la yuné de Usban-ok, para saber las noticias que traía Brak-ok de la costa del mar. Pasóse la mano por su lengua barba cana y empezó á narrar la antiquísima leyenda, llevada á la región tal vez desde hacía más de dos mil años, por griegos ó romanos desterrados. Y aun debe ser más antigua, una tradición del Asia que representa bajo la forma del Prometeo griego la rebelión de Lucifer y la pena que le alcanzó.

«¿Veis brillar allí, por encima de la selva oscura de abetos, el elevado pico del Elbro? Está cubierto de nieve y hielo eterno así en invierno como en el caluroso verano. Allá en lo alto, en la más elevada cima, donde soplan y rugen los vientos del norte y del mediodía, de levante y de poniente, hay una roca muy ancha. Encima de este bloque se encuentra sentado un viejísimo anciano. Cabello color de nieve cubre su cabeza, alcanza hasta el suelo su barba plateada por los años y todo su cuerpo está revestido de pelo blanco, como la liebre de nieve en invierno. Las uñas de las manos y pies son largas y corvas como las garras del águila, y sus ojos, inyectados de sangre, relucen á modo de carbones encendidos. Cuando vemos brillar la cima de la montaña, mucho tiempo después que el sol se ha ocultado en el mar, proviene este brillo del fulgor de su mirada. En el cuello, en la cintura, en manos y pies lleva pesadas cadenas de hierro que están sólidamente remachadas en la roca. Á veces, en noche tranquila, se oye su sordo rechinar, y á veces también los gemidos del prisionero; y cada vez que esto sucede, significa que nuestro país está amenazado de graves males. Cuando el valeroso jeque Chamil fué vencido por los rusos, oí yo al anciano del Elbro gemir y rugir tres noches consecutivas.

«Miles de años hace que está encadenado en aquellas alturas. Fué en otro tiempo un servidor y confidente del gran Tha (Dios), quien, á causa de su clara

inteligencia, le estimaba tanto que le otorgaba toda su confianza. Pero he aquí que en la mente del orgulloso empezaron á germinar malos intentos; pretendía llegar á ser tanto ó más poderoso que el gran Tha en persona, y como quiera que conocía alguno de sus secretos y creía saberlo todo, se rebeló contra él y quiso derribarle de su trono — el insensato, pues ¿quién es capaz de medirse con el Tha? El resultado de tal atrevimiento fué verse reducido á la obediencia y encadenado allá en la cúspide del Elbro. ¿No está aquí tu trono bastante alto? le dijo el gran Tha. Contados son los hombres que han visto al prisionero, pues el camino que conduce hasta él es duro y pavoroso. No obstante, conozco tres que le contemplaron; sin embargo, viven lejos de aquí, al oriente de las montañas, y no pueden, bajo pena de la vida, decir todo lo que vieron y oyeron. Nadie, empero, debe subir al Elbro por segunda vez; mi padre, que intentó hacerlo para traernos consejo acerca de la guerra contra los rusos, pagó su temeridad con la vida, conforme sabéis.»

Así habló el viejo Maryom. Los hombres guardaban silencio, miraban hacia la helada cúspide de la montaña y sentían escalofríos al considerar las torturas á que estaba sujeto el insensato rebelde contra el gran Tha, allá arriba, entre hielo y nieve, encadenado eternamente. Maryub y Mara habían escuchado atentamente la narración, acurrucados detrás de la puerta. Terminado el cuento dijo la hermanita con débil voz:

«Maryub, me parece que aquel hombre malo de las grandes garras de ave de rapiña es el demonio, del cual nos habló ayer el buen polaco.» Brak-ok se hallaba sentado no muy lejos de los niños, y aunque Mara pronunció muy quedito aquellas palabras, pudo comprender muy bien que el cristiano había referido á los jóvenes alguna cosa el día anterior. Sus ojos brillaron de modo tétrico y murmuró entre dientes: «Hadchí, tienes razón. Los niños saben adónde se llevó al forastero la Tha-Nan.»

Aplicando el oído á la rendija de la puerta, para llegar á comprender algo más de la conversación de los niños, oyó que Maryub reprendía á su hermanita por haber nombrado al polaco. «¡Cuán fácilmente podría oírte alguno de los hombres!» dijo el niño, «y entonces lo pagaría nuestro amigo con la existencia; ¿quién nos proporcionaría, en este caso, la vida mejor de que también el viejo del Elbro disfrutaba antes de ser malo? Pero las muchachas siempre son imprudentes y no pueden callarse la boca.»

Brak-ok había oído lo bastante. Propúsose, pues, vigilar á los niños atentamente y en último caso también emplear la violencia, si la perspicacia y bondad no daban por resultado el descubrimiento de su secreto. Por el momento embargó su atención otro asunto. Usban-ok había propuesto examinar la cuestión de si sería ó no conveniente enviar á un hombre al Elbro, para consultar la opinión del espíritu de la montaña respecto de la guerra. El viejo Maryom declaró hallarse

dispuesto á indagar la voluntad del gran Tha respecto del asunto.

El jefe principal de la yuné fué por un saco de cuero que contenía todos los huesos y huesecitos de uno de los carneros sacrificados en la última fiesta de los sacrificios. Maryom, que ejercía al propio tiempo el productivo negocio de adivino, se preparaba á ejercer las chocarrerías propias de su oficio. Describió un círculo en cuyo centro colocó, mascullando misteriosamente algunas palabras, el cráneo de un macho cabrío. Tomó luego el saco, y cargado con él dió tres vueltas en derredor del círculo, mientras mecía y hacía oscilar el saco de modo extraño, diciendo algunas fórmulas ininteligibles, en tanto que los circunstantes, respetuosamente impresionados y sobresaltados, seguían en silencio todos sus movimientos. De pronto se detuvo con rápido ademán, exclamando en alta voz: «¡Tha! ¡Tha-Nan! ¡Jesha Tha-ok!» y vació el contenido del saco encima del cráneo colocado en el centro del corro. De todos los labios se escapó á la vez una misma exclamación: «¡Tha lo permite!» pues el cráneo del carnero había quedado cogido entre los cuernos del macho cabrío.

«Sí, el gran Tha lo permite», dijo Maryom, «y desea que sea un joven y robusto mancebo de esta yuné quien acometa esta empresa. Mirad allí, cómo el hueso liso de una pata delantera está de pie junto al cráneo del macho cabrío, mientras en derredor todos los demás huesos están más apartados.»

Nueva exclamación surgió en el supersticioso auditorio. «¿Quién es el designado?» preguntó Usban-ok. «Espero que no será mi hijo Malek.»

«Hemos de echar suertes entre los jóvenes de la yuné», repuso el adivino. «Traed una bolsa llena de garbanzos de color, y por turno hacedles extraer uno con los ojos vendados. El que saque el más claro será el designado para ir á ver al anciano del Elbro.»

«Convenido», dijeron todos. Usban-ok reunió á los jóvenes de la yuné y Maryom les vendó los ojos uno tras otro. Luego fueron metiendo la mano en la bolsa y sacando los garbanzos. Los primeros resultaron oscuros, azules, negruzcos. Malek lo sacó de color amarillo claro, y el rostro de su padre se puso sombrío, pues sólo quedaba uno que no había entrado en suerte, y si éste cogía también un garbanzo de color negruzco, su hijo debería emprender el peligroso viaje de que rara vez regresaba el que lo hacía. Con angustiosa ansiedad miraron todos al último, que acababa de meter la mano en la bolsa. Era Brak-ok. Muy despacio y con indecisión sacó uno de los garbanzos, manteniéndolo oculto en el puño mientras le quitaban la venda de los ojos. Abrió la mano... y apareció en ella un garbanzo blanco como la nieve, que arrojó lejos de sí lanzando terrible blasfemia, cual si hubiera sido un carbón hecho ascua. Pero ya era tarde; los circunstantes habían reparado en él y todos exclamaron: «El valeroso Brak-ok es á quien llama el anciano del Elbro.»

Usban-ok se alegró mucho del resultado, y á fin de solemnizar la despedida de Brak-ok, convidó á todos para la noche siguiente á una gran comilona. Para este convite colocaron, según uso de los abchases, frente á cada uno de los comensales, una mesa pequeña y redonda, que se cambiaba con cada plato. Los manjares más exquisitos del país fueron servidos en aquel festín. Pollos de Indias en caldo de pimienta roja, fideos de carne y queso, carnero bien picado en salsa picante, rodajas de queso, cubiertas de pan y manteca; y finalmente, papilla de mijo con leche cuajada. Esto fué remojado abundantemente con swett, que corría á torrentes; así es que todos los invitados estaban alegres y de buen humor, menos Brak-ok, que parecía un sentenciado á muerte á quien sirven la comida cuando está en la capilla.

Repentinamente, sin embargo, surgió en su mente una gran idea. «Tonto de mí», se dijo, «¿quién me obligará á ir al Elbro? Haré ver que obedezco, en tanto que aprovecharé mi ausencia de la yuné para realizar mi negocio con Hadchí y ganar los cien rublos de plata. ¡Que no se me ocurriera esto en seguida! Después ya sabré contar cualquier patraña á Usban-ok y á Maryom, que con tanta alegría me mandan al Elbro.»

9. Varios proyectos.

A LA mañana siguiente, después del banquete de despedida, se veía ya el sol por encima de la reluciente cúspide del Elbro, cuando Brak-ok, pertrechado para la marcha, abandonaba el cortijo de su suegro, con el fin de emprender la peligrosa ascensión del ventisquero, según creían por lo menos sus amigos. Usban-ok y los demás hombres de la yuné dieron al viandante el último apretón de manos y le desearon buena suerte. También las mujeres y niñas se acercaron á Brak-ok para decirle adiós.

«¿Dónde están Maryub y Mara?» dijo él.

«Es verdad, ¿dónde están los niños? Les veo desde hace algún tiempo muy poco en la yuné», indicó Usban-ok.

«Están vagando por el monte», contestó la vieja Nana. «También hoy han pedido un buen pedazo de carne y pan, y se han marchado á primera hora.»

«Es preciso que se concluya eso de vagar por la montaña», dijo Usban-ok. «Hora es ya de que sujetes á Mara al telar y le enseñes á tejer tan bonitas telas como sabía fabricar su madre; y cuanto á Maryub, ya procuraré yo hallar alguna ocupación para él.»

Brak-ok pasaba en este momento la valla de la yuné. Los hombres le acompañaron hasta el lindero del bosque y regresaron luego, contento cada cual de que la suerte de subir al Elbro no le hubiese cabido á él. Brak-ok marchaba á paso firme; pero cuando el collado más próximo le hubo ocultado á la vista de sus compañeros, se sentó al pie de un gigantesco pino y se rió para sí, con aire burlón, pensando: «¡Imbéciles! ¿Acaso os figuráis que tengo muchas ganas de romperme la crisma, allá en las heladas gargantas del Elbro? Lo que haré será procurarme aquí, por algunos días, un escondite desde el cual pueda observar la yuné y especialmente á los dos niños, y mucho me sorprendería no tener pronto los cien rublos de plata en mi bolsa.»

Mientras Brak-ok, después de corto descanso, alcanzaba trepando la cima de una roca, desde la cual, escondido detrás de un matorral, podía observar cómodamente el valle en que se hallaba situada la yuné y los caminos que á ella conducían, Mara y Maryub estaban con el joven polaco en la choza del cabrero. Perecinski había aprovechado bien las dos semanas desde la fiesta de los sacrificios, adelantando la primera enseñanza sobre la vida mejor de los hijos de Dios. Los niños sabían ya que existe un Dios único, representado por tres personas; que la gran Tha-Nan no es ninguna diosa sino una criatura de Dios, la inmaculada y santísima Virgen, elegida para Madre de Dios, y que dió á luz al Hijo de Dios en el establo de Belén, donde un

pesebre le sirvió de cuna. También aprendieron que Jesucristo murió por nosotros, clavado en la cruz, y nos redimió con su sangre de todo pecado.

Mara había llorado á lágrima viva cuando el joven polaco les contó las terribles torturas de la pasión del Redentor y de su inmenso amor. Maryub se ponía colérico contra los judíos, porque mortificaron y escarnecieron tan cruelmente á Nuestro Señor. Mas Perecinski advirtió al muchacho que el Redentor sufrió todas estas penalidades por causa de nuestros pecados, de modo que en rigor éramos nosotros mismos los verdaderos autores de los sufrimientos y del escarnio que Jesucristo padeció.

Maryub abrió á esto desmesuradamente los ojos y preguntó: «¿De modo que si soy orgulloso y desobediente y perezoso, iracundo ó vengativo, entonces mi maldad hiere y disgusta á nuestro amado Redentor?»

«Sí, Maryub, todo esto lo supo Él en la cruz; pues es el verdadero y omnisapiente Dios. Y le ha dolido que Mara, Maryub y yo hubiéramos de pecar, y tomó sobre sí todos los pecados y por ellos padeció.»

«Entonces, jamás quiero volver á cometer pecado alguno», exclamó Maryub.

«Ni yo tampoco», añadió Mara.

«Éste es muy buen propósito», dijo Perecinski, «supuesto que sea humilde, esto es, que no confiéis en vuestras propias fuerzas, sino en el auxilio de Jesucristo. Debéis, por tanto, orar cada día á Nuestro

Señor y rogar á la buena Madre de Dios para que una sus oraciones á las vuestras.»

«Así lo haremos», dijo Mara; «nosotros ya hemos elevado todos los días nuestras manos á la Madre de Dios, aun cuando no la conocíamos como tú nos has enseñado á conocerla. Pero ahora dinos también cómo podemos llegar á ser hijos de Dios y librar de todo pecado á nuestro corazón.»

«¿Qué haces tú, Mara, cuando tu vestido está manchado?» preguntó Perecinski.

«¡Toma pues! lo lavo; — pero no puedo lavar mi corazón.»

«También pueden lavarse el corazón y el alma. El Redentor celestial ha instituído un baño para el alma, en el cual se limpia de todo pecado y vuelve á nacer como hijo de Dios.»

«Enséñanos este baño, lávanos en este baño», exclamaron los niños. «Pero tal vez está muy lejos, muy lejos de estas montañas», añadió Maryub contrariado.

«No, antes al contrario, aquí, en este torrente puedo lavar toda mancha de vuestra alma. ¿Creéis vosotros en Jesucristo? Pues bien, si vierto sobre vuestra frente un poco de este agua y pronuncio al propio tiempo las palabras: Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, entonces recibe el agua el misterioso poder de la sangre de Jesucristo y limpia vuestra alma de todo pecado y le concede la vida sobrenatural de los hijos de Dios.»

El polaco les habló seguidamente de la institución del sagrado bautismo y explicó sus efectos con mayor detención á los niños, que le escuchaban con gran recogimiento. Finalmente, exclamó Maryub: «Si el medio para hacer de nosotros hijos de Dios se halla tan cerca y es tan fácil de aplicar, entonces ¿qué te detiene? Ea, aquí corre el torrente. No vaciles por más tiempo y bautízanos en seguida á Mara y á mí.»

Perecinski sonrió. «Bien está, niños míos», repuso. «Lo he considerado en mi corazón hace tiempo y es también mi único deseo hacer que podáis llegar á ser hijos de Dios. Sin embargo, ¿sabréis cumplir aquí en estas montañas los deberes que os impondría el sagrado bautismo? Habéis de renunciar á Satanás y á todas sus obras. Aquí os obligarán á tomar parte en los sacrificios y ceremonias supersticiosas, que á los ojos del Altísimo son un horror. Ni siquiera te permitirán á ti, Maryub, luchar contra el enemigo, conforme tú desees tan vehementemente, si no practicas previamente, en compañía de otros hombres, sacrificios, y no cuelgas en tu garganta toda suerte de amuletos. Tu padre te obligará á la venganza, y contra esto hay un mandato de Dios que dice: 'Amad á vuestros enemigos.' Yo no debo bautizaros y al mismo tiempo exponeros al peligro de que mañana, con vuestro modo de vivir, reneguéis de nuevo de la fe.»

Las lágrimas se agolparon á los ojos de los niños. «Así, pues, ¿no quieres hacer de nosotros hijos de Dios?» dijo Maryub entristecido.

Mara dijo al cabo de un rato: «Nos contaste, hace poco, que Abrahán fué llamado por Dios á salir de su patria para establecerse en otro país muy lejano. Tal vez quiere Dios también que Maryub y yo vayamos á otro país. ¿Podrías bautizarnos si nos marcháramos contigo á la tierra lejana donde tu madre vive?»

El corazón de Perecinski latió de alegría al oír estas palabras de la muchacha. «Mara», dijo él, «esto te lo ha hecho decir tu ángel tutelar por indicación de la Madre de Dios. 'Quien ama más á su padre y á su madre que á mí, no será digno de mí'; así lo proclamó Jesucristo. Pero á quien por su causa abandona padre y madre, hermano y hermana, casa y hogar, le promete la vida eterna. Sí, Mara, el día en que estéis dispuestos á huir conmigo, os bautizaré y haré de vosotros hijos de Dios. Y ¿qué dice mi querido Maryub á esas palabras de su hermana?»

Maryub bajó la vista con tristeza. «¿Hemos de abandonar á nuestro padre?» contestó él. «¿No sería mejor que predicaras al padre y á los demás hombres de la yuné la hermosa doctrina de Jesucristo? Pero no, tal vez te matarían... Yo mismo les contaré primeramente lo que nos has explicado á Mara y á mí, y entonces podrás venir y bautizarnos á todos.»

Perecinski calló un momento y luego repuso: «Esto estaría muy bien. Mas ¿crees que tu padre y los hombres de la yuné, que nunca pronuncian el nombre de cristiano sin añadirle seguidamente una ex-

clamación de horror, crees que solamente á tu indicación renegarían de sus antiguas supersticiones? Pienso que Mara tiene razón: hemos de huir todos juntos.»

«Siquiera deja que intente mi propósito cerca de mi padre y de Malek», suplicó el muchacho. «Brak-ok y los otros, claro es que no me creerán; pero sí mi padre y mi hermano. Si ellos no quieren, te prometo huir también con Mara y contigo.»

El polaco no pudo menos de reconocer el noble motivo que impulsaba al niño; y si bien no se prometía ningún resultado de su intento y aun cuando no solamente consideraba que era perjudicial para la seguridad propia, sino que también dificultaba desde luego la huida, ya que no la impidiera del todo, no quiso, sin embargo, privar al niño de ejecutar su bien intencionado propósito. Cuanto á él mismo, ofrecía generosamente su propia vida en sacrificio. Por otra parte, Usban-ok podía hacer imposible que los niños volvieran á avistarse con él y más todavía que huyeran. Estuvo por consiguiente reflexionando un momento, respecto de si no sería más conveniente administrarles desde luego el sagrado bautismo; pero al fin resolvió no hacerlo. En vez de esto, les explicó cómo podrían ellos mismos bautizarse mutuamente si se hallaban alguna vez en peligro de muerte; y les explicó muchas cosas más referentes á la doctrina de Jesucristo, enseñándoles á despertar en sus corazones arrepentimiento y pesar por los pecados cometidos.

Al fin oró con ellos y les despidió cuando el crepúsculo de la noche iba invadiendo ya el agreste barranco. Sentía algo extraño en el corazón y apenas podía decidirse á separarse de los niños. Al fin, hizoles la señal de la cruz en la frente, boca y pecho, y les dijo mientras andaban: «¡Orad con todo fervor á la Virgen María!»

«Sí, sí», dijeron los niños, «pues somos sus hijos.»

10. Pruebas.

MARA y Maryub tomaron silenciosos el camino de la yuné, pensando en las sublimes verdades que habían conocido aquel día cuyos últimos resplandores se alejaban de sus montañas. Finalmente, Mara rompió el silencio y dijo á su hermano:

«Quisiera ser ya hija de Dios. Temo que el padre no lo permitirá jamás y no nos dejará volver á ver al buen forastero.»

«Entonces te hago yo hija de Dios y tú me haces á mí hijo de Dios», contestó Maryub. «Nuestro amigo nos ha enseñado á bautizarnos mutuamente. Pero creo que aun podremos convencer al padre y á Malek para que también se conviertan en hijos de Dios. ¡Ánimo, Mara! Y nadie nos obligará á cometer pecado alguno.»

«No, Maryub, pues esto causaría gran pesadumbre á Dios que por nuestras culpas fué crucificado. Mas si el padre no quiere consentir en que seamos hijos de Dios, ¿acaso no cometeremos ningún pecado en desobedecerle?»

«Sin duda que no. Nuestro padre no puede obligarnos á cometer pecado, y el polaco nos ha dicho que debemos obedecer á Dios más que á los hombres.»

Cuando los niños iban hablando en estos términos, pasaban cabalmente por delante de la roca donde había estado Brak-ok todo el día en acecho. Desde lejos les vió venir y no perdió ni una palabra de la conversación. Con rápida decisión intentó sonsacar á los niños, mediante una sorpresa bien calculada, y llegar á conocer el punto en que el polaco estaba refugiado. Apenas había dado Maryub su contestación, cuando se oyó un rumor de pisadas en el bosquecillo que coronaba la roca, y, cual si acabara de caer de las nubes, se plantó repentinamente el abchase ante los hermanos. Mara lanzó un grito de espanto, y también Maryub tuvo susto considerable; pero se repuso pronto y dijo: «¿Tú aquí, Brak-ok? Te creía ya en el Elbro.»

«Antes de ir allá tengo que hablar algunas palabras con el polaco á quien acabáis de ver. Decidme, pues, en seguida dónde le puedo encontrar.»

Maryub presintió que aquel hombre no intentaba cosa buena. Por consiguiente repuso tranquilamente: «No te lo diremos, Brak-ok.»

«Conque lo sabéis», exclamó el abchase con ojos centelleantes; «me lo diréis; y no andéis con muchas ceremonias, pues de otro modo . . .», y cogió al niño violentamente por un brazo.

«Aun cuando me pegues, no lo diré, no, entonces menos que nunca», repuso Maryub.

«Tú por lo menos, Mara, tú lo dirás; te traeré un precioso velo hecho de hilos de plata y una diadema

de oro; ves tú, he de saber dónde se halla el polaco. Esta noche he soñado que él me indicaba el camino del Elbro.»

«No te fíes, Mara», exclamó Maryub. «Su intención es matar al buen polaco.»

«Puedes estar tranquilo, hermano, no se lo diré.»

«¡Cómo! ¿No lo queréis decir? ¡Pues ya os lo haré decir á la fuerza!» Y diciendo esto, desenvainó el sable y lo blandió centelleante sobre la cabeza de la muchacha.

«¡Maryub, me va á matar!» gritó Mara. «¡Oh! ¡Si al menos estuviese bautizada!»

«No te matará», contestó el muchacho, y se agarró fuertemente al brazo de Brak-ok, de manera que éste quedó imposibilitado para hacer uso del arma. «Corre, Mara, y si me mata á mí, dílo al padre.»

Rechinando los dientes de puro coraje, procuraba el abchase desasirse de las garras del joven; pero, por mucho que con la mano izquierda tirara de él y le pegara, no podía hacer que le soltase. Mientras tanto, Mara volaba hacia la no muy lejana yuné, dando voces de auxilio con toda la fuerza de sus pulmones. Brak-ok comprendió que estaba perdido y, por consiguiente, llamó á la muchacha para detenerla y dijo al chico: «Suéltame; te prometo por mi padre no hacerte ningún mal.»

Maryub soltó en seguida el brazo que había tenido agarrado y dió un paso atrás. «Terco muchachote», díjole Brak-ok, lanzándole una mirada ceñuda. «¿Acaso

crees tú que no sabré descubrir por mí mismo dónde se ha escondido el polaco, puesto que ya sé que anda por allí en el barranco? Id á la yuné y decid á vuestro padre que os habéis atrevido á sustraer el polaco al justo castigo que había merecido. Os felicito anticipadamente por la paliza que os aguarda.»

Diciendo esto se separó de los niños, les lanzó otra mirada de odio y echó hacia el barranco, por el sendero que los niños habían seguido. Maryub le siguió con la vista sin poder proferir una palabra, y Mara, que mientras tanto se había acercado otra vez, hacía lo propio, con los ojos arrasados en lágrimas.

«Si á lo menos pudiéramos advertir al buen polaco», dijo Maryub. «Brak-ok no lleva buenas intenciones. Pero no podrá alcanzar la choza esta tarde; en el barranco hace ya noche cerrada.»

«¡Que la Madre de Dios le proteja contra ese malvado! Pero, Maryub, yo quisiera que hubiésemos huído con él. El padre nos pegará y nos encerrará. ¿No sería mejor que huyésemos ahora?»

«¿Solos? ¿Y adónde? No, Mara, tengamos valor y vayamos á casa y contaremos todo al padre. Si no quiere hacerse cristiano, entonces huiremos á la primera ocasión. Todo cuanto acaso suframos mientras tanto, lo soportaremos con resignación y pensaremos en nuestro amado Redentor que también padeció por nosotros.»

«Sí, Maryub, y pensaremos también en aquellos pobres niños de quienes nos contó el palaco que por el Redentor sufrieron el martirio y la muerte.»

«Así sea», dijo el muchacho. Y los niños continuaron decididos hacia la yuné, cogidos de la mano.

Usban-ok había preguntado diferentes veces durante el día por los niños y había reñido á Nana y al viejo Murkos por la negligencia con que los vigilaban. Cuando éste, al apuntar la noche, le anunció su llegada, mandó que los condujeran inmediatamente á su presencia.

«¿En dónde andáis vagando todo el día?» preguntó á los niños malhumorado.

«Hemos estado con el polaco á quien Brak-ok y los demás quisieron matar en la fiesta de los sacrificios», contestó Maryub.

«¿Con el polaco?» exclamó Usban-ok y abrió desmesuradamente los ojos. «¿Vive todavía y anda aún por estas cercanías? . . . Sin duda como espía.»

«Sí, padre, vive todavía. Mara y yo le libertamos del árbol aquel día, cuando Brak-ok y los otros hombres embriagados le querían matar. Tú y Maryom no lo quisisteis. Y nosotros le hemos llevado diariamente pan y queso y un poco de carne de carnero. Sin duda debiera habértelo dicho en seguida, padre; pero yo temía que los hombres de la yuné trataran de hacerle algún mal. Si en ello no he hecho bien, castigame, padre; Mara es inocente en todo, pues únicamente me ha obedecido á mí.»

Estas francas palabras del niño no dejaron de causar buena impresión en el ánimo de Usban-ok. La acción heroica del muchacho le gustó; pero por otra parte, claro es que le irritaba pensar que así él como todos

los demás hombres de la yuné habían sido engañados por los niños. Así pues les dijo: «Ciertamente tienes merecido el castigo; pero te perdono si prometes no volver jamás á visitar al polaco que desprecia nuestros sacrificios. Y sobre todo, ¿qué quiere él por aquí? ¿Tal vez servirse de vosotros para espiarnos y vendernos al enemigo?»

«Eres injusto con él, padre. Es hombre de nobles sentimientos y nos ha dispensado grandes beneficios. Nos enseña á Mara y á mí el verdadero camino para ir al cielo, y quiere enseñarte este camino á ti también. Oye lo que nos ha enseñado.»

El niño expuso en breves palabras lo esencial de la doctrina cristiana.

Usban-ok escuchaba con ira apenas contenida. Finalmente, preguntó: «¿Pues qué son entonces los sacrificios que ofrecemos á la gran Tha-Nan?»

«Superstición y servilismo en beneficio del demonio», dijo el muchacho.

«Y ¿qué somos nosotros, y qué fueron nuestros padres?»

«Alucinados.»

«¿Y qué serás cuando el polaco te haya lavado con el agua mágica?»

«Cristiano.»

Al oír esta declaración, Usban-ok no pudo contenerse por más tiempo. «¡Malhaya de vosotros!» gritó en una explosión de ira. «¡Oprobio para vuestro seductor! Lo pagará con sangre por haber tenido la intención

de arrebatáros á la fe de vuestros padres. ¿Tal vez os ha lavado ya y hecho cristianos?»

«No, no lo somos todavía, pero queremos serlo.»

«Antes prefiero veros muertos á mis pies. Murkos, toma á estos traidores de nuestra fe, amárrales en el establo á una estaca y dales de latigazos todos los días por la mañana y por la tarde, hasta que pierdan las ganas de ser cristianos; responderás con tu cabeza de que no se escapen. Mañana cogeremos al polaco y ellos mismos nos llevarán al sitio donde se halla escondido.»

II. Los rusos se aproximan.

EL plan que Usban-ok se había propuesto llevar á cabo, de dar caza por la mañana siguiente al polaco que había provocado de tal modo su coraje, fué inesperadamente destruído.

Á media noche llegó un propio de Naib, el príncipe que conocimos al principio de nuestra narración, y trajo la noticia de que los rusos habían hecho por la parte del norte un rápido movimiento de avance; comunicando de parte de su jefe la orden de enviarle refuerzos sin demora. Usban-ok mandó llamar en seguida á sus gentes y ensillar los caballos. Se encendió en el centro de la yuné una gran hoguera á cuyos vivos resplandores se movían diligentes los hombres, ocupados en ultimar los preparativos de marcha. Unos embalaban provisiones y municiones de guerra y las colocaban sobre animales de carga; otros examinaban el filo de los sables; los de allá cargaban los fusiles, los de acá ajustaban las cinchas ó ponían el freno á los caballos; estas distintas operaciones se verificaban con toda rapidez y sin descanso.

«Parece que los rusos ya se hallan no lejos de las rocas sepulcrales en el barranco de Ibi», dijo el correo del príncipe.

«Y cuando alcancen las tres grandes rocas, bajo las cuales yace el jefe Zam-ok, estará nuestra patria perdida», añadió Malek hablando al viejo Murkos.

«Sí, ésta es una antigua profecía que conozco desde mi infancia», repuso Murkos. «Por este motivo urge marchar á toda prisa y correr á escape. Pero ¿dónde anda Usban-ok?»

«Está ahora con los niños, que se encuentran atados en el establo. Ayer les hizo dar una soberbia paliza; pero no ha producido gran resultado. Que Maryub es muy testarudo, ya lo sabía; pero que Mara se dejara hacer brotar sangre antes que ceder, no lo creía posible. El polaco ha embrujado á los niños y me lo pagará dondequiera que le encuentre.»

Usban-ok había ido efectivamente al establo, donde los niños se hallaban tendidos en el suelo, sobre duro heno y atados con cuerdas. Tenían todos los miembros doloridos á consecuencia de los sañudos castigos de la víspera. Cuando vieron entrar al padre temieron que fuese á renovar la pena y levantaron suplicantes hacia él sus manecitas.

«¿Habéis entrado en razón?» les preguntó el padre. «¿No? Bien, pues, tanto peor para vosotros; ya sabré doblegar vuestra tenacidad. He de partir ahora mismo con todos los hombres de la yuné contra los rusos.... Maryub, has demostrado, á pesar de tus pocos años, tener valor y prudencia. De buena gana te dejaría venir si quisieras obedecerme.»

«¡Oh, padre! Bien quiero obedecer en todo lo que sea justo. Déjame partir contigo contra los rusos», dijo el muchacho suplicando con viva mirada.

«¿Quieres, pues, permanecer fiel á la fe de tus padres y renunciar á todas las majaderías cristianas?»

Esto fué para Maryub la tentación más poderosa. ¡Cuánto había anhelado siempre poder salir contra el enemigo, al lado de su padre, armado de fusil y sable! Calló un instante, y Mara temía ya que finalmente se dejaría abatir en aquella lucha. Pero Maryub dijo por fin, con voz conmovida: «No puedo, padre mío.»

Usban-ok lanzó una blasfemia y descargó sobre el muchacho un latigazo. Luego llamó á la vieja Nana y la dijo: «Éstos dos permanecerán aquí atados y estarán á pan y agua hasta mi regreso. El polaco los ha embrujado; pero, en cuanto le coja, le traeré hasta aquí arrastrando, atado á la cola de mi caballo, á fin de que los desembruje.»

Pocos minutos después notaron los niños que toda la tropa de jinetes con gran bullicio y al chasquido de los largos látigos abandonaba la yuné. Ya amanecía en la helada cúspide del Elbro, mientras en las profundidades de los barrancos reinaba aún negra noche. Cuando los jinetes alcanzaron el collado más próximo, vieron levantarse un hombre, que evidentemente había estado descansando al pie de un añejo abeto, y que se dirigió hacia Usban-ok, el cual iba al frente de la banda.

«¡Brak-ok!» exclamó éste sorprendido y detuvo su caballo. «Te creía muy lejos de aquí, camino del Elbro.»

«Estaba ya en camino; pero mientras descansaba ayer debajo de un roble en el valle de los avellanos, caí en profundo sopor, y se me apareció el anciano del Elbro moviendo su blanca cabeza, de modo que su lengua barba ondulaba como la crin de tu caballo, y me dijo que antes de subir hasta él, matase al joven polaco que había embrujado á los niños, y que únicamente con la cabeza de éste subiese al Elbro. Ayudadme, pues, á coger al hechicero, que está escondido por allí en el barranco.»

Usban-ok y su gente creyeron naturalmente los embustes de Brak-ok, pues los abchases son supersticiosos en alto grado y atribuyen gran importancia á los sueños. Estaban, pues, á punto de organizar una cacería en toda regla contra el polaco, y á este fin dictaba ya Usban-ok las disposiciones necesarias, cuando apareció un segundo correo montado en un caballo cubierto de espuma, en lo alto del desfiladero, y les recomendó nuevamente que se dieran prisa. «¡Corred, noble Usban-ok!» exclamó, «los rusos están á menos de una hora de las rocas sepulcrales del jefe Zam-ok, y si el valiente Naib no recibe pronto auxilio, le será imposible oponer resistencia por más tiempo. Si conseguimos cerrar el paso al enemigo sólo durante dos días, recibiremos auxilio. Ya tenemos aviso de que las tropas del bajá han desembarcado y que con ellas viene una sección

de polacos provistos de artillería. Se espera que dentro de dos días estarán los aliados en su puesto.»

«Adelante, pues», ordenó Usban-ok; «el polaco no se te escapará, Brak-ok; el hambre le sacará pronto de su escondrijo. Vigílale y lleva su cabeza al viejo del Elbro.»

La montaña brillaba entonces á los primeros rayos del sol naciente. Los abchases tomaron esta circunstancia por feliz presagio y descendieron apresuradamente al valle. Brak-ok volvió á bajar al barranco que ya había recorrido al anochecer del día anterior y empezó á practicar minucioso registro tan pronto como la luz del día lo permitió. Remontando la orilla izquierda del torrente, no pudo encontrar nada. En cambio vió Perecinski á su perseguidor, reconociendo en él al yerno de Usban-ok, al mismo que durante los sacrificios le amenazara tan sediento de sangre, con el sable. Que el abchase venía en busca de él y con no muy pacíficas intenciones, se le ocurrió á Perecinski en seguida, y que esto provendría de la proposición que los niños habrían hecho á su padre, no dejó de imaginárselo. «Como en aquella parte no hallará lo que busca, al bajar registrará este lado.» Así pensó el joven.

Á toda prisa destruyó todo indicio que pudiera denunciar su presencia y subió luego al copudo abeto que extendía sus ramas sobre la cabaña, con objeto de ocultarse en el espeso ramaje. Apenas había hallado un sitio desde el cual poder observar cómodamente la entrada de la cabaña, oyó los pasos del abchase que se acer-

caba á través de los matorrales. En seguida le vió delante de la cabaña; el hombre no pudo reprimir una ahogada exclamación de sorpresa. Luego echó cautelosamente pólvora en el oído de su escopeta, se ajustó bien el alfanje y se arrastró hacia la choza. El polaco daba gracias á su ángel tutelar por haberle permitido ver con tiempo á su enemigo. Brak-ok se adelantó luego con precaución y preparado para hacer fuego, hasta penetrar en la cabaña; mas, como la hallara vacía, regresó al poco tiempo y se echó de bruces en el suelo, frente á la entrada, en acecho, á espaldas de un matorral. Evidentemente se hallaba persuadido de haber dado con el escondite del fugitivo y esperaba su regreso.

El polaco había observado todos los movimientos. ¿Qué sería de él si el enemigo se mantenía en su puesto y si el hambre y la sed le obligaban á abandonar su inseguro refugio? Las horas pasaban con horrible lentitud. El ardiente sol de agosto subió en su carrera, llegando verticalmente hasta encima del abeto, é iluminando el barranco, y con la misma majestad prosiguió su camino de descenso hacia el mar, y el abchase continuaba aún delante de la choza, dispuesto á hacer fuego. El polaco, desfallecido y atormentado por la sed, se cogía del árbol para no caerse. Era la primera vez que los niños dejaban de venir. «¿Qué habrá ocurrido?» se preguntó, «¿y cuánto tiempo podré sostenerme todavía aquí?»

El sol se puso y el crepúsculo empezó á subir por el barranco; mientras su vista pudo penetrar á través

de la creciente obscuridad, distinguió al abchase, que se mantenía firme en su puesto.

Entre tanto, Usban-ok y su tropa, avanzando rápidamente, habían alcanzado al anochecer las rocas sepulcrales del barranco de Ibi, tres peñas imponentes, en torno de las cuales chisporroteaban en aquel momento numerosas hogueras de los montañeses que habían acudido á la voz del príncipe Naib, desde todas las regiones de la cordillera, para cerrar al enemigo el paso más importante. Era muy grande el peligro, pues sobre ser los rusos diez veces más numerosos que los abchases, éstos habían consumido casi toda su pólvora. Las municiones que Usban-ok traía y que fueron inmediatamente repartidas, apenas bastaban para un día más, y si en tan corto plazo no llegaban refuerzos, la pérdida de los montañeses era inevitable.

Aquella misma noche, Maryub y Mara, que todavía se hallaban atados en el establo de la yuné, oraban fervorosamente á la Madre de Dios, á fin de que acudiese en su socorro y salvación. «¡Mira, Madre angelical, cómo se hallan tus hijos!» suplicaba Mara. «El viejo Murkos acaba de pegarnos, el buen polaco se encuentra perseguido por el malvado Brak-ok. Padre y hermano están en la guerra, y cuando regresen nos arrojarán de la yuné cual niños pordioseros; y si no regresan, si vencen los rusos, ¿qué será entonces de nosotros? ¡Oh Virgen amada, acuérdate de que eres nuestra madre!»

12. La solución.

PASARON tres días desde los acontecimientos que acabamos de referir.

Acurrucado el viejo Murkos junto á la valla, al caer de la tarde, fumaba su pipa á la vez que discurría con el siervo que con él se quedó en la yuné para custodiar el cortijo.

«Me admira», dijo, «que aun no haya venido ningún mensajero á traernos noticia del resultado de la batalla. Desde esta mañana no he vuelto á oír ningún cañonazo más, en tanto que ayer tronaron todo el día por el collado, en nuestro valle solitario.»

«Sin duda los rusos han huído y los nuestros les persiguen», opinaba el siervo. «De buena gana desearía estar con ellos; pero ya no puedo montar con ligereza desde que uno de aquellos asesinos me metió una bala en el muslo — ¡así le hubiese traspasado tres veces el cerebro!»

«Sea como quiera, me tiene intranquilo esta ausencia de mensajero», dijo el viejo Murkos moviendo la cabeza. Luego continuó fumando silenciosamente su pipa á la vez que dirigía la vista hacia el collado cercano, á través del cual serpenteaba el camino que



«¡Es Malek!» exclamó Marcos.

conducía á la vecina yuné; de repente vió extenderse un resplandor rojizo, que iba aumentando en intensidad, sobre los escarpados montes del vecino valle. «¿Qué es aquello?» exclamaron los dos hombres á la vez y salieron fuera de la cerca.

«Este resplandor no puede provenir de la luz del sol», dijo el viejo Murkos. «Hasta el pico del Elbro está ya en las sombras.»

«Casi pienso que se ha incendiado la yuné del viejo Maryom», repuso el compañero. «¿Será debido á un siniestro ó al enemigo?»

Todavía estaban los dos hombres perplejos delante del portal de la yuné y miraban hacia las vertientes del valle vecino que iban coloreándose de rojo cada momento más subido, cuando apareció á lo lejos un jinete que corría á rienda suelta. «¡Es Malek!» exclamó Murkos. «Pero, ¡santo cielo! mira cómo vacila en la silla y se agarra á las crines del caballo.»

Efectivamente era Malek, que con trabajo se sostenía en la silla y que, apenas pudo alcanzar la yuné, en virtud de un supremo esfuerzo, cayó en brazos del anciano. «¡Estás herido!» exclamó éste. «¿Qué ha sido?»

«Todo está perdido», balbuceó Malek. «¡Traición! ¡Huid!»

El viejo reclinó al herido contra la valla de la yuné, corrió al cercano arroyo, tomó un poco de agua, le dió de beber, le lavó las sienes y dijo: «¡Traición! ... los polacos os habrán vendido.»

El joven, que se iba reponiendo un tanto, movió la cabeza en señal de negativa y contestó: «Los polacos no; han peleado como valientes; también Perecinski estaba allí. No; Hadchí, el perro traidor que vende lo mismo al amigo que al enemigo, enseñó á los rusos un atajo y los condujo hasta nuestra espalda. Entonces fué inútil continuar luchando. Los nuestros han perecido casi todos. También el padre ha sucumbido á mi lado. Bien pocos pudimos romper las filas enemigas, y los que lograron conseguirlo, vagan errantes por la montaña. ¡Oh! Mi vista se obscurece ... Murkos, veo que se acerca mi fin. Colócame aquí, junto á la orilla del arroyo y déjame morir. Salva á la gente de la yuné y los tesoros del padre. Las cabañas de Maryom arden ya ... corre ... huye ... ya vienen.»

El anciano, en vista de que ningún auxilio podía ser ya útil al herido, cedió con disgusto á sus ruegos. Hizo una señal á su compañero para que le ayudase, y los dos le llevaron al abrigo de un matorral, junto á la orilla del arroyo, donde no tardó el moribundo en sucumbir á sus heridas.

«Su alma va á reunirse con las de los héroes de su pueblo», dijo Murkos, mientras una lágrima se desprendía de sus ojos. «Ahora veamos cómo podemos escapar con las mujeres á las garras del enemigo.»

Profiriendo lastimeros gritos entraron los dos hombres en la yuné. Las mujeres que al caer de la noche se habían reunido en una de las cabañas para hilar juntas la lana, prorrumpieron en vivos lamentos al

saber la noticia de la muerte de su señor y dueño, y de la proximidad de los rusos. Durante algunos minutos no se oyó otra cosa que ayes y llores; después, siguiendo las disposiciones del viejo Murkos, se dieron prisa en embalar todos los objetos de valor y prendas de vestir. El oro, las piedras preciosas y armas, todo fué recogido precipitadamente, y aun no había transcurrido media hora desde la llegada de Malek cuando los fugitivos, guiados por el viejo Murkos, abandonaban la yuné, y al amparo de la noche procuraban alcanzar algún punto más alto é inaccesible de la montaña.

En la prisa y en la confusión, nadie había pensado en los dos niños y ninguna persona penetró en el establo, donde todavía estaban atados; pues en aquel rincón perdido no había objetos de valor que hallar. Maryub y Mara habían distinguido claramente las voces lastimeras. El niño dijo: «Habrán llegado malas nuevas de nuestros guerreros»; mas no pudieron sospechar el verdadero significado de aquel alboroto. Cuando más tarde sobrevino profundo silencio en vez de la gritería anterior, rezaron juntos una oración y se durmieron. No hubieran sabido decir cuánto tiempo permanecieron en aquel estado; de pronto les despertó nueva y fuerte algazara. Eran voces ásperas y varoniles y hablaban un lenguaje que los niños no conocían.

«Mara», dijo el niño, después de haber escuchado atentamente, «creo que son rusos.»

«¡Ay!» dijo Mara, «¿qué va á ser de nosotros?»

«¡Cállate! Acurrúcate entre la paja; oigo pasos.»

En efecto, apenas se pudieron esconder los niños, se abrió violentamente la puerta del establo y dos barbudos cosacos penetraron en la estancia alumbrándola con sus antorchas.

«Todo está vacío», dijo uno de ellos á su camarada. «Nada hay que buscar aquí», contestó el otro; «hemos de ir al otro lado, á las cabañas donde vivían esos perros abchases, si queremos descubrir algún botín.»

«Los pájaros han volado», repuso el primero con una blasfemia. «Cuando menos les reduciremos el nido á cenizas.» Y diciendo esto abandonaron los cosacos la cuadra.

Los niños no habían comprendido las palabras de aquellos dos hombres; pero un tétrico presentimiento se apoderó de la imaginación del muchacho.

«Mara», dijo á su hermanita, «según comprendo, los nuestros han huído ó han muerto, y los enemigos se han apoderado de la yuné. Siempre he oído decir que los rusos tienen por costumbre prender fuego á los cortijos que conquistan y se llevan el ganado. Temo que también quemarán nuestra yuné. ¡Mira qué resplandor penetra por las rendijas de la puerta!»

«¡Pobres de nosotros!» dijo Mara lamentándose. «Han prendido fuego á la casa de nuestro padre. Pronto encenderán también las demás cabañas y el establo, y moriremos abrasados en las llamas.»

Los niños notaron que los enemigos abandonaban el cortijo entre gran gritería, y pronto distinguieron también más perceptiblemente el chisporroteo de las llamas.

«Pidamos auxilio», dijo Maryub. «Los rusos tendrán compasión y seguramente no nos dejarán morir abrazados.»

«¡Oh, Maryub! ¡Si á lo menos estuviésemos bautizados! ¿Por qué no consentiste en huir con el polaco y conmigo?»

«Cuanto hice fué con honrados fines, Mara, y el buen Dios no nos abandonará. Ahora estamos en peligro de muerte, y yo te bautizaría según nos enseñó el palaco, si pudiera alcanzar el jarro de agua que Murkos dejó detrás de la puerta. Espérate, voy á intentar un supremo esfuerzo para soltar las correas que me sujetan las manos.»

Poniendo en juego todas sus fuerzas trató el muchacho de romper las resistentes ataduras de los brazos; no logró conseguirlo, pero sí pudo aflojarlas algo, y ayudándose con los dientes sacó por último una mano, aunque duramente lastimada. De esta manera se soltó igualmente la otra y procuró aflojar la cuerda anudada en derredor de su cuerpo y que, atada á un montante del establo, le permitía moverse sólo en un espacio de cuatro á cinco pies de radio.

En esta operación transcurrieron algunos minutos más, durante los cuales el fuego, ayudado por un viento recio que se levantó, hizo rapidísimos progresos. Los tabiques de las chozas, contruídos con ramas entrelazadas, ardían en grandes llamaradas; las vigas, faltas de apoyo, caían con gran estrépito; nubes de chispas y pavesas encendidas se arremolinaban hacia el cielo,

para volver á bajar causando nuevos incendios, sobre los tejados de paja de otras cabañas hasta entonces respetadas por el terrible elemento. Acá y acullá empezaban á centellear nuevos focos, que iban creciendo y reuniéndose hasta convertirse en prolongadas lenguas, las cuales, á su vez, se juntaban en haces con las columnas de fuego de las cabañas ya incendiadas, formando todo una inmensa hoguera que iluminaba el solitario valle cual si fuese de día. No tardó en saltar el viento impulsando las llamas hacia el establo que se hallaba junto á la valla más apartada y en el cual se encontraban prisioneros los dos niños.

Maryub acababa de conseguir por fin soltar la cuerda que le sujetaba al montante, cuando las primeras chispas empezaron á caer sobre el tejado de paja seca del establo, y le prendieron fuego inmediatamente. En el mismo instante penetró, llevado por el viento, un calor sofocante y denso humo que asfixiaba, por las grietas de la pared delantera. Maryub dió un salto hacia su hermanita para romper también las ligaduras que la sujetaban, pero ella le suplicaba: «Ante todo bautízame, hermano; después huiremos, y si no puedes soltar la cuerda, huye solo.» Se había postrado ya de hinojos y oraba, mientras Maryub cogió rápidamente el jarro y dijo á su hermanita:

«¿Tú crees, pues, en Dios Padre que nos ha creado, y en Jesucristo que nos ha redimido, y en el Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios?»

«Sí, creo.»



«Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.»
Los hijos de María.

Maryub levantó el jarro y vertió un poco de agua sobre la frente de la niña, mientras con pausa y claridad decía estas palabras: «Yo te bautizo en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.»

«Ahora, no me importa morir, pues soy ya hija de Dios; y tú, Maryub, huye, es inútil que intentes desatarme. Mira, ya arde el tejado.»

«Antes, bautízame tú también y luego veremos lo que todavía se puede hacer. Toma el jarro. Creo en Dios todopoderoso y en cuanto nos ha revelado. Ahora viérteme sobre la frente el agua y pronuncia las palabras del sagrado bautismo.» Esto diciendo bajó el niño la cabeza hasta los pies de la muchacha, á fin de que le fuese más fácil á ella verterle el agua sobre la frente con las manos atadas. Mara pronunció con toda claridad las palabras rituales, mientras el agua de salvación bañaba la frente del niño.

Ambos jóvenes habían pasado á ser hijos de Dios, y su alegría era tal que por un momento olvidaron el peligro de muerte que iba creciendo á cada instante. Encima de sus cabezas se había prendido fuego al tejado, el establo iba llenándose de humo y el calor se hacía insoportable. Maryub intentó, temblando de emoción, soltar las cuerdas á su hermana, mientras ésta le suplicaba que huyese. Quizás el lazo era muy fuerte ó tal vez la angustia de la muerte paralizaba las fuerzas del niño: lo cierto es que no le fué posible conseguir su propósito. Entonces rompió en desesperado

llanto é invocó á Dios, á la Virgen y á todos los ángeles para qué le auxiliaran en aquel trance supremo. Ya empezaba á sentir los efectos asfixiantes del humo á los cuales Mara parecía sucumbir. Dió un nuevo angustioso grito y le pareció oír de lejos una contestación; ¿ó era acaso que la sangre repercutía en sus oídos? En torno de sus ojos daba todo vueltas y al fin cayó sin sentido al lado de su hermanita.

Maryub no se había equivocado. Era Perecinski, que había oído el último grito del niño, y guiado por las voces se precipitaba desafiando la muerte en el establo, invadido por las llamas. Rápidamente recogió á los jóvenes desvanecidos y los sacó al aire libre á través del fuego y del humo. Cinco minutos más tarde ya no le hubicra sido posible salvarlos; pues apenas había llegado á la orilla del arroyo, á pocos centenares de pasos del establo, cuando se derrumbó con gran estruendo toda la techumbre.

* * *

Mientras Perecinski procura devolver á los niños el conocimiento con lociones de agua fresca del arroyo y se hace explicar después los acontecimientos de los últimos días y de las últimas horas, hemos de retroceder en nuestra narración, para dar á conocer en breves palabras sus propias aventuras. Protegido por la obscuridad de la noche pudo descender del abeto, á poca distancia del cual estaba Brak-ok de centinela, y huyó del barranco. Corriendo montaña abajo á través de la poblada selva, marchó durante

un día á la ventura. Acosado por el hambre y el cansancio, ya iba perdiendo la esperanza de alcanzar la orilla del mar, cuando le pareció oír de pronto los gratos acentos de su lengua patria; era una sección de polacos que venía en socorro de los abchases. Naturalmente se agregó á ella y tomó parte en el combate junto á las rocas sepulcrales. Cuando en virtud de la traición de Hadchí Keranduk aparecieron los rusos á su espalda, pudo abrirse paso por entre ellos y corrió hacia la yuné de Usban-ok, á quien había visto caer y el cual, moribundo, le rogó que procurase salvar á sus hijos. Parecíale que llegaría demasiado tarde, pues había visto á los cosacos que delante de él se dirigían hacia la yuné, y antes de haber ganado lo alto de la montaña divisó las llamas del cortijo incendiado. Pero una voz interior le impulsaba á continuar hacia adelante, y como hemos visto, llegó justo á tiempo para arrancar de las llamas á los pobres niños.

El traidor Hadchí y su cómplice Brak-ok recibieron poco tiempo después de la derrota el merecido castigo. Como Brak-ok no pudo hallar á Perecinski, creyó que la cabeza de otro cualquiera de los combatientes que habían sucumbido, le valdría los mismos cien rublos que la de aquél, á quien ni Hadchí ni el comandante de la fortaleza rusa fronteriza conocían. Llevó por consiguiente, metida en un saco de cuero, la cabeza de un distinguido joven ruso, y como quiera que los dos malvados no se fiaban uno de otro, fueron ambos á la fortaleza fronteriza para percibir el precio de su

infamia. Sin embargo, una mirada bastó para que el comandante ruso reconociera en la cabeza que le presentaban como siendo la del supuesto desertor la fisonomía de un amigo suyo. En el acto mandó que colgaran del árbol más próximo á Hadchí y á Brak-ok.

Perecinski alcanzó felizmente en compañía de los dos niños el pequeño puerto de Toab. Allí expuso al comandante polaco las amarguras que tanto él como sus amigos habían padecido. Dicho funcionario le permitió trasladarse á Trebizonda en el primer barco que se hizo á la vela.

Mientras Perecinski, por encargo del oficial polaco, cuyas eficaces recomendaciones le proporcionaron hospitalidad en casa de un rico comerciante paisano suyo, continuaba su viaje, Mara y Maryub, ya bautizados con los nombres de María y Martín, quedaron en el convento de misioneros capuchinos de dicha ciudad, preparándose con celo, piedad y alegría para la primera comunión. Según comprenderá fácilmente el lector, Perecinski no podía regresar á su país; así es que marchó al Nuevo Mundo, donde se estableció, llamando poco después á su madre. Tampoco olvidó á sus pequeños amigos; pero cuando escribió á Trebizonda invitándoles para que marcharan á reunirse con él, la contestación fué que los *Hijos de María* habían sido llamados por Dios misericordioso á la verdadera patria del cristiano.



BIBLIOTECA INSTRUCTIVA PARA LA JUVENTUD

Esta colección de libros ilustrados para el uso escolar
y privado comprende los tomos siguientes:

Compendio de Cosmografía elemental

compuesto por D. Ramón Donoso Z.

Cuarta y quinta edición. Con 67 figuras. En 8º (X y 138 págs.)

Encuad. Marcos 2.—

Nociones de Física

por el Dr. D. M. Wildermann

Séptima edición. Con 177 figuras. En 8º (XII y 236 págs.)

Encuad. Marcos 2.70

La Ciencia Eléctrica

y sus aplicaciones modernas, por Felipe Villaverde

Con 120 figuras. En 8º (VIII y 232 págs.)

Encuad. Marcos 2.50

Elementos de Química moderna

por el P. Teodoro Rodríguez

Sexta y séptima edición. Con 50 figuras. En 8º (VIII y 136 págs.)

Encuad. Marcos 2.—

Historia Natural

por el Dr. D. A. Rimbach

Quinta edición. Con 162 figuras. En 8º (XII y 224 págs.)

Encuad. Marcos 2.70

Compendio de Geografía

por el P. Carlos Lasalde

Cuarta edición rev. y mejorada. Con 135 grabados y 4 mapas en color.

En 8º (X y 290 págs.) Encuad. Marcos 3.—

Historia Universal

representada en cuadros descriptivos de sus más memorables sucesos

por D. Francisco Díaz Carmona

Sexta edición revisada. Con grabados. En 8º (X y 354 págs.)

Encuad. Marcos 4.—

(Marcos 4.20 = 1 \$ U. S. A.)

Desde lejanas Tierras. Galería de narraciones ilustradas, dedicadas a la juventud, coleccionadas por un Padre de la Compañía de Jesús. Tomos en 12º, adornados con cuatro o seis grabados cada uno.

1. **Amad a vuestros Enemigos.** Narración tomada de las guerras contra los Mahoríes en la Nueva Zelandia.
2. **Arumugam, el Príncipe indio perseverante.**
3. **Los Hijos de María.** Cuento del Cáucaso.
4. **El Sobrino de la Reina.** Narración tomada de la historia de las misiones del Japón.
5. **Luchas y Coronas.** Narración del imperio de Annam.
6. **El Juramento del Caudillo huronés.** Relación tomada de la historia de las antiguas misiones del Canadá.
7. **El Cautivo del Corsario.**
8. **Los Hermanos coreanos.**
9. **La Expedición a Nicaragua.** Relato de la época de los Conquistadores.
10. **Los Náufragos.**
11. **Los Esclavos del Sultán.** Escenas de Constantinopla.
12. **Sidya o el Dechado de Amor filial.** Relación de la época de Akbar el Grande.
13. **Marón, el Niño cristiano del Líbano.** Episodio de las últimas grandes persecuciones de cristianos por los drusos.
14. **Bienaventurados los Misericordiosos.** Episodio de la insurrección de los negros en Haití.
15. **La Fiesta del Corpus de los Indios Chiquitos.**
16. **Los dos Grumetes.** Narración de Cayena.
17. **Los Hermanos Yang.**
18. **En las Tiendas del Mahdí.**
19. **Los Buscadores de Oro.** Relación de las misiones de Alaska.
20. **La Nave Victoria.**
21. **Dos Rosas.** Abdu'l Masich, el niño mártir de Singara. — Hadra, la pequeña confesora.
22. **El Ángel de los Esclavos.** Cuento del Brasil.
23. **El Expósito de Hongkong y otras narraciones.**
24. **La Fuente sagrada de Chichén-Itzá.** Narración del antiguo Yucatán.
25. **Los Mártires de Uganda.**

En preparación:

26. **La Venganza del Mercedario.** Narración de la edad media.
27. **El Hijo del Muftí.** Narración del Oriente.
28. **La Taza del Bonzo blanco.** Narración japonesa.
29. **La última victoria del Ropa Negra.** Narración de las misiones entre los Huroneses e Iroqueses.
30. **Los Colonos del Brasil.** Narración del Brasil meridional.

La colección se continuará.